

Los Iaccarino

**El caso que derrumba
la teoría de los dos demonios**

Miguel Russo



EDICOL

Los Iaccarino / Miguel Russo, Stella Calloni, Adolfo Pérez Esquivel, Carlos Cleri. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EDICOL- Editorial Cooperativa de Libreros, 2018.
160 p.; 13,5 cm x 23 cm.

ISBN 978-987-1263-33-2

1. Biografía. I. Russo, Miguel. II. Calloni, Stella. III. Pérez Esquivel, Adolfo IV. Cleri, Carlos.

CDD 807

Prólogos: Stella Calloni y Adolfo Pérez Esquivel

Estudio: Carlos Cleri

Diseño y diagramación: Raúl Pane

Películas: Trazos. Imagen Digital S.R.L.

Impresión: Gráfica Laf S.R.L.

Edicol

Avenida de Mayo 979 - Tel.: 4343-6216

(CP 1084) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

*Un tiempo que nuestros
nietos no comprenderán jamás*

Oswaldo Bayer

Prólogo

Una historia de terror que no
mató la dignidad de las víctimas

Stella Calloni

Este es un libro necesario para entender no sólo lo sucedido durante la dictadura militar más cruenta en la historia de la Argentina, que transcurrió entre 1976 y 1983 -aunque ese mundo de terror comenzó a escenificarse unos tres años antes, sembrando el terror parapolicial-, sino para graficar lo que había en las sombras: la verdadera estrategia y sus razones siniestras en el esquema de dominación externa.

Es la historia de la familia Iaccarino, contada por los sobrevivientes del horror, después de cuarenta años de esperar una justicia que nunca llegó. Una justicia que, desde fines de 2015 en adelante, deriva hacia un olvido absoluto, en un retroceso evidente que está quebrando la débil esperanza de una continuidad democrática. Esta historia transmite, sin embargo, la dignidad y el coraje con que los hermanos Carlos y Alejandro enfrentaron esa tragedia y nos dieron un ejemplo de vida y solidaridad.

Luchando día a día contra las adversidades y los obstáculos en los tiempos de la recuperación democrática, fueron testigos de un momento único en la recuperación de Memoria, Verdad y Justicia,

que colocó a nuestro país en un lugar de privilegio en un mundo en caos.

Mientras trabajaban sin descanso, no sólo para lograr justicia, sino para seguir creando modelos de una sociedad justa, fueron alentados por los procesos integradores que se habían logrado en la última década y que podían llegar a la independencia definitiva de nuestros países y a la recuperación de nuestra soberanía y justicia real.

En ese mundo aún posible, los proyectos trazados y probados en la experiencia anterior a su desaparición forzada bajo la dictadura, los hermanos Alejandro y Carlos Iaccarino entendieron que esto podría significar una ayuda para establecer un orden económico justo, una justicia social necesaria y tan esperada por los pueblos.

Ese sueño, que ellos lograron probar, se puede leer en esta historia escrita desde las entrañas de una resistencia. Resistencia lograda, en este caso, por una fe religiosa tan válida por cuanto del verdadero sentido cristiano se trata, que llevó a tantos a la catacumbas en distintos tiempos.

En estos diez capítulos, con una introducción tan fuerte como lo han sido estas vidas, y un final cerrado por una análisis preciso y diáfano en su forma, escrito por Carlos Cleri, vamos a entrar en mundos y submundos de una historia conmovedora, no sólo por la tragedia contada desde el dolor propio, desde las agonías sin final de los tormentos.

Y también estaremos asistiendo a un ejemplo de resistencia humana que se canaliza en ponerse

nuevamente en pie después de aquellos horrores, no sólo para contar esa historia como un relato de víctimas, sino de quienes, guiado por una enorme fe en el hombre, en este caso surgido de la verdadera doctrina de Cristo crucificado por amor a la humanidad, elaboran nuevos proyectos cuya originalidad y justeza pueden ayudar en la reconstrucción de un mundo nuevo y de un hombre nuevo.

Los Iaccarino, una familia común de inmigrantes enamorados de esta tierra que les dio todo, quisieron también dar todo desde un lugar poco común, como empresarios. O, mejor, como emprendedores de otro tipo de sueños que contenían solidaridad, sentido de la justicia. Sueños para compartir colectivamente y burlar las infames oxtodoxias del capitalismo brutal.

Joven como era en su momento Alejandro, creó un proyecto que parecía irrealizable. Y un día lo pusieron en práctica y se hizo realidad. Ellos lo cuentan con claridad meridiana.

Por demostrar que existían otros caminos a los impuestos por los mercenarios de un capitalismo que nunca podrá ser "más o menos humano", ya que su esencia es inhumana, es que la familia Iaccarino fue secuestrada durante la dictadura de la Seguridad Nacional (es decir, la de Estados Unidos) en los tiempos de la Guerra Fría.

Vivieron horrores. Todos sus bienes les fueron robados. Todos sus proyectos en funcionamiento fueron destruidos. La necesidad de honrar el sufrimiento de los suyos, madre, padre, hermano,

hizo que Carlos y Alejandro se levantaran desde las agonías y tormentos que les significó haber pasado por 11 Centros Clandestinos de Detención, que compartieron con centenares de víctimas, y se rehicieran como los hombres serenos y justos que hoy son.

Dos hombres decididos a luchar por la justicia para todos, por la vida viva que se les ha negado a ellos y a millones en el mundo. Durante 40 años, su lucha ha sido día a día, estudiando, reconstruyendo e indagando hasta convertirse en verdaderos geoestrategas, como se verá en este libro, aunque ellos no crean serlo.

No se dejan encerrar en los campos de concentración del pensamiento, que también paralizan y desarman sueños.

Ellos reconstruyeron su historia para que esa reconstrucción sirviera a la justicia, a los miles de desaparecidos y a los sobrevivientes. Fue un trabajo realizado con extrema precisión. Pero no sólo eso, también siguieron trazando proyectos, viviendo la realidad del mundo actual, observando la dinámica no sólo en nuestro país, sino a nivel universal.

Revivieron la esperanza de un proyecto de "economía social" que incorporaba a sectores excluidos y creaba una posibilidad de mayor justicia, la que no ha llegado para ellos en este final de 2017 y que Rodolfo, el hermano mayor, no pudo llegar a ver.

No hubo reparación alguna, pero ellos, estos caballeros cuya voluntad de vida y entrega admira y enternece en un mundo desolado, dejan un legado.

Algo que debería llegar a todos los gobernantes que aspiran a una liberación verdadera.

Hablando con el premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, razonó que “la no reparación en el caso de la familia Iaccarino y los obstáculos de la justicia ocurren porque existen intereses poderosos, gente que se quedó con todo lo que les robaron, campos, industrias. Es mucho dinero ahora y esos sectores que se apoderaron mediante los secuestros y las torturas aplicadas a estos empresarios para obligarlos a firmar la ventas de sus propiedades, como también sucedió con el caso de Papel Prensa, están blindados otra vez y muchos están en el poder”.

No duda Pérez Esquivel en reclamar castigo ante “una impunidad jurídica y mediática inaceptable para aquellos que se beneficiaron de la dictadura y aún siguen libres y enriquecidos cada vez más, sobre el terror que vivieron las víctimas”.

Hablando también como víctima sobreviviente de la dictadura, ya que Pérez Esquivel compartió en algún momento una celda con los hermanos Iaccarino en la Unidad 9 de La Plata, provincia de Buenos Aires, recuerda el “calvario” que vivieron. “Puedo decir que fue de una crueldad incomparable, tratando de doblegar la dignidad humana de estas víctimas”.

A partir de los juicios que pudieron realizarse durante los gobiernos de Néstor y Cristina Fernández de Kichner (2003-2007 y 2007-2015), gracias a la larga lucha de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo

y sobrevivientes, los hermanos Iaccarino presentaron una de las más completas narraciones del horror, con datos y fechas especificados, además de su historia como víctimas ante los jueces. Suficiente como para reconstruir día por día los sucesos de los años de terror y las razones por las cuales se impusieron las dictaduras.

Estoy segura que este libro sorprenderá no sólo en nuestro país. Está escrito con las voces de los entrañables hermanos Carlos y Alejandro para hacer justicia por todas las víctimas de ayer y las que van dejando nuevos tiempos oscuros que quieren regresar a nuestros países.

Leerlo y transmitir su mensaje es una necesidad por la solvencia de sus proyectos, por el aprendizaje de dos hombres de enorme sabiduría. Dos hombres que transmiten paz pero, a la vez, alientan a tomar el camino de la construcción para la vida que se necesita hoy como nunca.

Todo cabe en éste libro que va desde el retrato de familia, pasando por los planes, sus trabajos, sus proyectos, sus logros hasta los laberintos del terror y el regreso a la vida, para culminar con un profundo análisis de sus proyectos a futuro.

Una enseñanza desde el amor, la voluntad y la fe. Leerlo también es una forma de devolverles lo que nos están dando: comprensión, amor y ese empeño en seguir luchando por la liberación definitiva de nuestros países, por ese día luminoso para los Iaccarino y para todos aquellos que vivieron y murieron por los mismos sueños que debemos hacer nuestros.

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera...

Adolfo Pérez Esquivel

Así canta José Hernández en el *Martín Fierro*. Tendría que agregar que esa unidad está en la familia Iaccarino, unidos en las buenas y en las malas, en el caminar del sufrimiento y la resistencia que sufrieron durante el terrorismo de Estado en la Argentina por la dictadura militar desde 1976 hasta 1983. Ese caminar juntos fue fundamental en la lucha para poder recuperar derechos y bienes, en el tiempo de la vida. Quedan dos sobrevivientes, Alejandro y Carlos Iaccarino que no han claudicado a la lucha por la Verdad y Justicia negada por un Poder Judicial sometido al poder de turno. Han pasado 41 años de vivir el drama de detención, cárceles y torturas; el "botín de guerra" por los militares y sus cómplices; el saqueo sin piedad de los bienes y recursos de la familia por los cómplices de ayer y de hoy, de un Poder Judicial que no tiene el coraje, ni la ética de asumir su responsabilidad de ejercer justicia, bastardeando el derecho de las personas y del pueblo

A más de cuarenta años de buscar justicia y abrir un juicio para que se respete el Estado de Derecho,

se enfrentan con jueces que dan más vueltas que perro para acostarse, que ocultan la verdad y benefician a los cómplices de ayer y de hoy que, en el tiempo transcurrido, lamentablemente continúan usufructuando de lo robado a la familia laccarino.

Una justicia que no tiene la decisión de reparar el daño hecho por crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura militar no es justicia: es un mecanismo perverso que lleva a la impunidad.

Alejandro y Carlos continúan su lucha con la fe en Dios que alimenta la esperanza; con la convicción de que, al final, la verdad sale a la luz, a pesar de la corrupción de aquellos que, encaramados en el poder económico, político y judicial, maniobran para que nada sea posible y que el juicio se pierda y llegue a ninguna parte.

Es inexplicable y grotesco que un juicio en el que los hermanos laccarino reclaman sus derechos y la restitución de sus bienes robados durante la dictadura, que denuncian las torturas y la prisión sufridas, no tenga sentencia firme y se repare el daño hecho. Los cómplices de hoy son jueces de un país democrático formalmente, con un Poder Judicial condicionado al poder político y económico.

La dictadura no podía permitir alternativas en bien del pueblo, como el proyecto y aplicación del Plan Económico Expansivo General que los hermanos laccarino, como empresarios sociales, implementaron vinculando a los trabajadores, los sindicatos, los pequeños y medianos productores, superando las barreras de los intermediarios e im-

pulsando la economía social. Pusieron en práctica un modelo de economía social que iba contra el modelo impuesto por Martínez de Hoz, ministro de Economía de la dictadura bajo las directivas del gobierno de los Estados Unidos impuesta en todo el continente.

Stella Caloni presenta el prólogo del libro de los hermanos Iaccarino y profundiza en los caminos impuestos por la violencia de la dictadura, la imposición de la Doctrina de Seguridad Nacional, el Operativo Cóndor, el proyecto de someter y destruir las alternativas y resistencia social de los pueblos en el continente imponiendo el terror, el secuestro y la desaparición de personas, las torturas, la cárcel. Los que lograron sobrevivir, partieron al exilio, muchos de ellos lucharon y forjaron la resistencia y las denuncias de lo que ocurría en la Argentina en los organismos internacionales, como la ONU, la OEA, el Consejo de Europa.

La Guerra de las Malvinas fue un antes y un después, la resistencia del pueblo se fue profundizando y los dictadores, derrotados en la guerra y por los movimientos sociales y de derechos humanos, tuvieron que claudicar y entregar al pueblo el país y volver a las instituciones democráticas. Se sucedieron gobiernos, desde el de Alfonsín hasta el actual. Durante el gobierno de Néstor Kirchner se logró la nulidad de las leyes de impunidad y obediencia debida y se abrió el espacio para llevar a juicio a los militares que cometieron crímenes de lesa humanidad. Fue una etapa de esclarecimien-

to y derecho del pueblo a la Verdad y la Justicia, pero no fue una etapa que permitiera cerrar las heridas cuando hay complicidad y desinterés de los sucesivos gobiernos democráticos que no quieren tocar al poder económico; cuando existe un poder judicial que continúa atado al poder político.

Stella Caloni es una periodista e investigadora con gran experiencia y compromiso social con los pueblos latinoamericanos y supo ver el camino de la familia laccarino, su dolor y su resistencia y perseverancia para continuar la lucha por la vida, la dignidad y la recuperación de sus bienes.

Quiero referirme a los hermanos laccarino, a quienes conozco desde hace varios años. Con su compromiso como empresarios sociales buscaron siempre la forma de compartir el pan y la libertad, de desarmar un sistema de explotación contra los pequeños y medianos productores, de generar conciencia crítica y valores para que asuman su participación social en la construcción democrática, el derecho e igualdad para todos y todas, saber que los pueblos juntos son una fuerza, desunidos son dominados, debieran aprender de ese caminar los actuales dirigentes políticos, sindicales y sociales.

Los laccarino tuvieron la capacidad desde la Fe, como cristianos, de abrir los caminos de esperanza concreta en aquello que durante años surgió en toda Latinoamérica, a través de los Foros Sociales, dónde se levantó el grito de liberación y saber "que otro mundo es posible". Soñaron y continúan haciendo realidad su sueño de un mundo mejor.

La perseverancia y resistencia que llevan adelante marcan su condición de vida y asombra que, a pesar de los reveses y dilaciones jurídicas y sus complicidades, no hayan claudicado.

El libro es un testimonio de vida, desde sus padres que llegaron como inmigrantes hasta el logro de forjar una empresa social, con sacrificio, sabiendo que el camino está lleno de dificultades pero también de esperanza y realizaciones junto al pueblo.

Introducción

El 20 de septiembre de 1984, el presidente de la República Raúl Alfonsín recibió el informe conocido como *Nunca Más* que había sido elaborado por la Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas (Conadep), constituida por Ernesto Sabato –presidente–, Magdalena Ruiz Guiñazú, Ricardo Colombres, René Favaloro –después renunciante–, Hilario Fernández Long, Carlos Gattinoni, Gregorio Klimovsky, Marshall Meyer, Jaime De Nevaes, Eduardo Rabossi, Santiago López, Hugo Piucill, Horacio Huarte y los secretario Graciela Fernández Meijide, Daniel Salvador, Raúl Aragón, Alberto Mansur y Leopoldo Silgueira.

La primera oración del “Prólogo” de ese informe alertaba que “durante la década del ’70, la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda”. Más allá del indudable valor histórico del informe, la “teoría de los dos demonios” comenzaba su camino de oprobio.

En ese libro llama la atención que dentro de los grupos etarios que se nombran (trabajadores, es-

tudiantes, etcétera), no figuran los empresarios secuestrados y despojados de sus bienes durante la dictadura. 604, según registró la Secretaría de Derechos Humanos, dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Fueron muchos más: los hermanos Iaccarino escucharon a varios que les dijeron que no querían saber nada después de todo lo que habían pasado, ya que hacerlo les traería una revictimización que no querían volver a sufrir.

Hoy, dos hombres, los hermanos Alejandro y Carlos, sobrevivientes de una familia despedazada, relatan siete décadas de lucha por una patria mejor.

De esa familia, los Iaccarino, sólo quedan ellos dos.

Su padre, Rodolfo Genaro Valentín Iaccarino, murió el 7 de mayo de 1981 en un accidente automovilístico luego de haber sufrido un ACV producto de la enorme presión a la que se vio sometido durante la dictadura cívico militar. Había estado detenido doce días por la dictadura en Santiago del Estero. Su madre, Dora Emma Venturino de Iaccarino, maestra, murió el 5 de enero de 2008. Treinta años atrás, en una de las tradicionales reuniones anuales con sus colegas de la Escuela N° 19 de La Plata, en la confitería París de esa ciudad, otra docente, Norma Roca, la paró en la puerta y le dijo: “Estuvimos hablando con las demás chicas y no creemos conveniente seguir reuniéndonos con vos”. Dora, que había estado detenida en condiciones inhumanas por la dictadura durante quince días en una celda de dos por dos en la Comisaría

21^a de la ciudad de Buenos Aires, la miró y le dijo: “Se están transformando en cómplices de todo lo que está ocurriendo”.

Rodolfo José Iaccarino, el hermano mayor, detenido por la misma dictadura durante 22 meses, murió a los 64 años de un infarto masivo el 12 de julio de 2009, poco menos de un mes después de haber sido amenazado en la calle por un parapolicial: “Si siguen hablando en los medios, van a desaparecer como Jorge Julio López, y el caso de ustedes, por ser tres, va a hacer mucho más ruido”.

Hoy, Alejandro tiene 71 años. Carlos, 70. Estuvieron detenidos por la dictadura desde el 4 de noviembre de 1976 hasta el 4 de septiembre de 1978. Fueron torturados, apaleados, vejados de las mil y una maneras posibles con que vejan los genocidas.

Les quitaron todo: su familia, sus propiedades, sus trabajos, sus proyectos, su modo de vida. Todos los integrantes de la familia estuvieron en las listas negras que dejó la dictadura y que continuaron los gobiernos democráticos hasta la caída de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final en 2003.

Pero Alejandro y Carlos no se rinden: cuentan su historia y derrumban para siempre la falsa y vergonzante “teoría de los dos demonios”.

En el libro *Derechos Humanos: justicia y reparación*, de Ricardo Lorenzetti y Alfredo Jorge Kraut, prologado por Baltazar Garzón (editorial Sudamericana, páginas 213-214, edición 2011) puede leerse la sentencia del juicio a los comandantes (causa 13/84): “...se acreditó que coexistían una organiza-

ción formal y una secreta y oculta, pero quienes cumplían ambos roles eran los mismos funcionarios públicos, policiales y militares que han resultado acusados, condenados y son objeto aún de investigación en diferentes causas penales, lo que pone de relieve que la organización formal y legal servía sólo de pantalla engañosa, tras la cual se desarrollaban, desde el aparato estatal y sin el menor reparo, toda suerte de acciones criminales con la finalidad de eliminar a los opositores...”.

Más adelante, en el mismo libro (página 224) se lee: “...la represión recaía sobre un universo compuesto por distintos sectores civiles de nuestra sociedad, es decir, quienes tenían actividades o prédicas políticas, gremiales, estudiantiles y sociales, entre otras, consideradas como incompatibles con el pensamiento de las Fuerzas Armadas de entonces, por representar una amenaza para el régimen vigente. Estaban marcados como enemigos del régimen y calificados como ‘blancos’ en las reuniones de la Comunidad Informativa...”.

La noticia es dura, tajante. Relata casi a la perfección lo ocurrido: “Rodolfo, Alejandro y Carlos Iaccarino fueron víctimas del terrorismo de Estado. Los tres hermanos, que estuvieron detenidos 22 meses y pasaron por catorce destinos de los cuales nueve eran centros clandestinos de detención, eran notorios empresarios platenses y la dictadura los despojó de bienes valuados en nueve millones y medio de dólares —del año 1976— mediante una compleja trama donde intervinieron militares,

servicios de inteligencia, testaferros, jueces e integrantes del Poder Judicial, hombres de negocios y escribanos. Bajo la amenaza de que sus tres hijos serían arrojados al Río de la Plata, Rodolfo Genaro Valentín Iaccarino tuvo que firmar la cesión de 25 mil hectáreas de producción agropecuaria en Santiago del Estero y un avión ejecutivo que, en conjunto, tienen una valuación actual que supera los 125 millones de dólares. Como todo pago, le entregaron a la familia un papel donde decía que a cambio recibirían 300 mil dólares en tres documentos y 28 hectáreas de una cancha de golf del Sierras Hotel en Alta Gracia, Córdoba, que se encuentra en manos de usurpadores que funcionan bajo el rótulo de: Asociación Civil Alta Gracia Golf Club. Pero los Iaccarino nunca recibieron nada”.

Detrás de la noticia, Alejandro Iaccarino mira fijo: “¿El peor terror, ese que jamás podré olvidar? No saber el motivo por el cual me torturaban casi hasta la muerte”. Pasaron más de 40 años de ese terror, pero no puede olvidarlo. Carlos, su hermano, tampoco. Mejor dicho: no quieren olvidarlo. Hacen memoria y pelean para que nadie olvide, para que nadie vuelva a decir, ni a pensar siquiera, en la posibilidad de aquello de los dos demonios. Hay quienes afirman que las casualidades no existen. Y mucho menos cuando se trata de un plan sistemático y siniestro como el que se puso en marcha con el golpe de Estado de 1976 aquí en la Argentina, pero que se había anticipado en Brasil y Bolivia en 1964, en Chile y Uruguay en 1973 y que respondía

al Plan Cóndor impulsado por los Estados Unidos para toda América latina con la finalidad de imponer un plan económico neoliberal, razón por la cual el ex Secretario de Estado Guillermo Walter Klein, quien fuera el colaborador más próximo a Martínez de Hoz, declaró, según consta en el diario Clarín del 5 de octubre de 1980, que el programa económico aplicado desde marzo de 1976 "es incompatible con cualquier sistema democrático y sólo aplicable si lo respalda un gobierno de facto".

Un plan que incluía, además de la aniquilación del 10 por ciento de la sociedad y sumir en el silencio al 90 por ciento restante, quedarse con el núcleo económico no afín a los embates neoliberales de la troupe comandada por José Alfredo Martínez de Hoz. Y no hay ninguna casualidad en lo que ocurrió la primera semana de noviembre de 1976, apenas a ocho meses de que los militares usurparan el poder.

El 2 de noviembre de 1976, en uno de los salones de reuniones del diario La Nación, Lidia Papaleo de Graiver firmó el boleto de compraventa de Papel Prensa a favor de Fapel S.A. al módico precio de conservar la vida de su hija y la suya propia. El 5 de noviembre de 1976, el empresario textil Federico Gutheim y su hijo Miguel fueron secuestrados por orden de la dictadura. La causa había sido la molestia que ciertas empresas chinas le habían manifestado en su viaje a Hong Kong al entonces ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz con la firma Sadeco (propiedad de los Gutheim). Los car-

gos, según Videla, fueron “desarrollar actividad que atenta contra la paz interior, la tranquilidad, el orden público y los intereses de la República”.

En medio esas dos acciones de la dictadura, exactamente la mañana del 4 de noviembre de 1976, los hermanos Rodolfo y Carlos Iaccarino, junto con su padre Rodolfo Genaro Valentín, fueron detenidos por la Policía (cumpliendo órdenes de la X Brigada de Infantería del Ejército –dependiente del Primer Cuerpo de Ejército–) en la ciudad de Santiago del Estero y trasladados a la Regional Uno a cargo del comisario inspector José Medina. Ese mismo día, por la noche, en Buenos Aires, fueron detenidos el tercer hermano Iaccarino, Alejandro, y su madre, Dora Emma Venturino, por un grupo civil armado y trasladados a la Comisaría 21^a de la Policía Federal. Los hermanos Rodolfo, Alejandro y Carlos Iaccarino eran empresarios de gran prestigio, católicos practicantes y de una rotunda contundencia en sus negocios. Contundencia debida a la puesta en práctica de un proyecto ideado por Alejandro cuando tenía sólo 17 años: el Plan Económico Expansivo General.

Capítulo 1 / Retrato de familia

Genaro Iaccarino era un tano duro, católico a ultranza, de esos que habían venido a “hacer la América” con la idea de trabajo. Y con esa idea, el tano Iaccarino, afincado en Balcarce, había llegado a ser uno de los mayores productores de papa de la región. Su hijo, José Atanasio, nacido en esas tierras de Balcarce, había decidido estudiar en el seminario mayor de La Plata. Cuando estaba por ordenarse de cura, fiel a las costumbres de la época, sus padres lo enviaron a visitar el Vaticano. Pero el viaje no tuvo el final previsto. De paso por Sorrento conoció una muchacha hermosísima, de la cual se enamoró perdidamente. Los hábitos quedaron en suspenso por tiempo indeterminado y José Atanasio se volvió a la Argentina con Anunciata Spano para casarse. Después del disgusto, Balcarce los acogió con la bondad de sus tierras. Y en Balcarce tuvieron sus tres hijos: María, Ofelia y Rodolfo Genaro Valentín. Don José Atanasio, trabajador incansable como su padre, fue logrando una importancia superlativa en la provincia de Buenos Aires. Así conoció y se hizo amigo del doc-

tor Manuel Fresco (que luego sería gobernador de la provincia entre 1936 y 1940). Ambos coincidían en su ideología conservadora, lo que los acercó a los no tan santos caudillos conservadores Alberto Barceló y Juan Ruggiero, Ruggierito. Lo irracional es que mientras Barceló apoyaba el golpe de Estado de 1930 contra Hipólito Yrigoyen, que abrió en el país la serie de levantamientos militares contra el sistema democrático, José Atanasio Iaccarino se fundía por las imposiciones económicas dispuestas por el dictador José Félix Uriburu. Ese mismo año, Rodolfo Genaro Valentín, que tenía en mente estudiar Medicina, se radicó en La Plata e ingresó a la universidad. Si bien las plantaciones de papa de Don José Atanasio habían dejado de rendir, la situación económica de los Iaccarino no había sido diezmada. Así, Rodolfo Genaro Valentín recibió una *voituré* como regalo y llevaba, en la casa de unos tíos (una hija de Don Genaro que se había casado con el dueño de un almacén al por mayor de apellido Galli, un hombre de mucho dinero de La Plata), una vida cómoda.

Cuenta Alejandro: “Tenía todos los medios a su alcance: buena pinta, dinero, una coupé Ford convertible. Mi viejo era un tipo muy inteligente, muy capaz, pero le gustaba la buena vida. Así que junto a su primo vivían como dos bacanes, dos *von vivant*. Vivían de las familias y no tenían dificultades en conseguir plata”.

Cuenta Carlos: “Había sido criado como un chico rico, y en La Plata continuó siéndolo. Era una tipo de

ir al Jockey Club, de salir algunas noches. Pero era un buen tipo, muy querido, muy preparado y culto. Se jactaba de ser buen amigo, y realmente lo era”.

Rodolfo Genaro Valentín cursaba cuarto año de Medicina, momento en el cual su padre, don José Atanasio, muere durante una operación que le realizó el doctor Federico Enrique Bruno Christmann. Rodolfo Genaro Valentín pensó que si la Medicina no servía para salvar a sus seres queridos, no servía para nada. Y abandonó los estudios.

Por su parte, Dora Emma Venturino era una muchacha hermosa, y se arreglaba de una manera perfecta. Sus tías, de apellido Pedemonte, pertenecían a una familia amiga íntima del fundador de la ciudad de La Plata, Dardo Rocha. Acostumbradas a las mieles de la alta sociedad, habían sido estafadas por familiares y tuvieron que dejar la vida social para dedicarse a la costura, aprendiendo el oficio con una profesora francesa de alta confección. Y, por supuesto, se convirtieron en costureras muy reconocidas en el ámbito social. Dora Emma era la sobrina predilecta y le confeccionaban los mejores vestidos de la ciudad para ella.

Rodolfo y Dora se conocieron en una de las fiestas del Jockey Club platense, de la entonces nueva sede balnearia de Punta Lara. Se enamoraron y luego de un corto noviazgo se casaron. La fiesta fue en la casa de las tías de Dora, y uno de sus tres hermanos, Luis Juan, que tenía una empresa constructora, les construyó la casa donde fueron a vivir: en la esquina de las calles 43 y 23, en La

Loma. A pocas cuadras de su domicilio, en el Hospital Italiano, nacieron sus tres hijos: Rodolfo, el 17 de noviembre de 1944; Alejandro, el 7 de agosto de 1946, y Carlos, el 15 de octubre de 1947.

Dora los vestía a los tres igual. Y sus vestimentas, sumado al hecho de que entre los tres había una diferencia de solo 35 meses, motivaba que en los paseos platenses, varias vecinas le preguntaran si eran trillizos.

Rodolfo Genaro Valentín, que había dejado de lado ciertas andanzas de juventud, era gerente de Catastro de la provincia de Buenos Aires; Dora Emma era maestra. Los ingresos alcanzaban para llevar una buena vida. Pero la muerte de Eva Perón, ocurrida el 26 de julio de 1952 trastocaría la bonanza de la familia.

Cuenta Alejandro: "Mi padre era conservador popular, y cuando muere Evita le obligan en la oficina de Catastro a ponerse luto. Mi padre dijo que ni loco, y lo echaron automáticamente, poniéndolo en las listas negras de antiperonistas. De modo que no podía conseguir trabajo en ningún lado y comenzamos a pasar situaciones económicas bastante engorrosas".

Cuenta Carlos: "Éramos una familia de clase media que de golpe y porrazo se encuentra con ingresos económicos de clase media baja. Sin el sueldo de mi padre, se resintió el sistema de vida de la familia.

Entonces, salió a dar batalla el temple de Dora. "Mi madre tomó las riendas —cuenta Carlos—. A su sueldo de docente, sumó primero el ingreso de

alumnos particulares. Después, cuando las cosas se venían peor, puso la tintorería, donde mamá planchaba la ropa que mandaba a limpiar a seco afuera". Alejandro ahonda en eso de la tintorería: "Nuestra tía Ofelia, casada con un hombre de origen francés llamado Conort, habían explotado durante muchos años una tintorería, París, que era muy famosa en La Plata. Con el correr de los años, esa tintorería cerró, pero mi madre, cuando estábamos pasando esa situación difícil, pidió permiso a mi tía Ofelia para reabrirla. Mi tía aceptó y mi madre escribió a todos los viejos clientes diciendo que se reabría la tintorería París y que les ofrecía el servicio. Por ese entonces, Rodolfo ya tenía unos trece años y manejaba el auto, un Plymouth 1937. Se ponía gorra y traje y salía a repartir las prendas. Los tres hermanos íbamos a levantar la ropa, mi madre la marcaba con la P de París y se las llevábamos a los hermanos Alfonso, de la calle 68 entre 20 y 21, que tenían un taller de limpieza a seco. Una vez que estaba limpia, la retirábamos y mi madre la planchaba. Eran las tres o cuatro de la mañana y mi madre estaba planchando para mantener la familia. Era maestra, atendía la casa, a nosotros y llevaba adelante la tintorería: su garra era brutal y siempre alegre, con buenos modales".

"Nuestra obligación era estudiar —dice Carlos—, pero viendo el esfuerzo que hacía mamá, que se quedaba hasta altas horas de la madrugada planchando, desde muy jóvenes tratamos de ayudar en la parte económica de la casa".

A los tres hermanos Iaccarino los marcó profundamente vivir esa situación económica y sufrir la injusticia de ver echar a alguien por no coincidir con los pensamientos políticos del gobierno. Si bien las cosas se recompusieron cuando el padre consiguió un trabajo en los astilleros de Río Santiago como oficinista, la impronta rebelde quedó grabada en los tres.

Rodolfo, el hijo mayor, además de estudiar, compraba cubiertas viejas, las recauchutaba y las vendía en las varias gomerías de La Plata. Luego, le ofrecieron poner una compraventa de autos en Chascomús con dos socios, Jorge Bidoglio y Alfredo Sesanego, y aceptó. No le fue muy bien, pero tampoco mal.

Alejandro, el del medio, ostenta sin orgullo el récord de haber sido echado de casi todos los colegios de La Plata. Lo suyo era la creatividad, pero los manuales y libros del colegio le impedían dar rienda a su mente. Repitió tres vez tercer año. Terminó cuarto en el San Benjamín, donde al llegar los alumnos le hicieron una recepción de honor por sus antecedentes. Pero del San Benjamín también terminaron echándolo y sólo fue aceptado en una escuela que había tenido que fundar su madre, en 12 y 60 de la ciudad de La Plata. El tiempo perdido de entonces lo recuperaría mucho después, ya en 2006 o 2007: Dio una previa de tercero, cuatro materias de cuarto año y quinto libre en sólo seis meses; después ingresó a Derecho, donde cursó tres años. Pero por aquel entonces, Alejandro no

dejaba de pensar y de crear: inventó un sistema de autopistas aéreas cuando tenía 13 años (cuando la fue a dar a conocer lo sacaron a patadas, pero el sistema funcionaba). Después inventó una cubierta con la que estuvo tratando de convencer a los directivos de la Goodyear: se ponía como un cinturón y se trababa ajustada para circular por el barro y la nieve. "Eso no quiere decir que las cosas que inventaba funcionara a la perfección, pero que funcionaban, seguro", dice. Además, entre otras cosas para conseguir dinero, vendió zapatos usados en las obras (los compraba, les cambiaba la suela y los ofrecía a la mitad de precio de los nuevos) y realizó desfiles de modelos con ropa provista por una prima del padre que era diseñadora de modas y amigas del colegio por distintos pueblos del interior.

Carlos, el menor, era un amante del estudio. Cuenta su propia historia: "Fui abanderado en la primaria en el colegio N° 19 de La Plata. Y eso me permitía entrar a cualquier colegio secundario sin dar examen de ingreso, salvo el colegio industrial Albert Thomas. Yo elegí, por supuesto, el colegio industrial. Di examen y me fue muy bien, así que entré. Y pasó una cosa interesante: en primer y sexto año había una materia con el mismo profesor, el arquitecto Ángel Dotta. Él, de entrada, nos dijo que, como nos iba a tener al principio y al final, iba a cotejar quién era el mejor estudiante de la división y le iba a conseguir un trabajo en una dependencia pública. Eso significaba estar en blan-

co, una maravilla. Yo seguí estudiando, y cuando estaba en quinto año fui abanderado del colegio por las cuatro ramas que tenía (Mecánica, Electricidad, Tornería y Construcción) y, además, fue votado como el mejor compañero. Al día siguiente, me decidí a ir a hablarle al arquitecto Dotta: 'Mire que usted hizo una promesa y en casa pasamos muchas necesidades económicas'. Dotta me citó en la Dirección de Obras Sanitarias de la Provincia de Buenos Aires. Allí nos atendió el director y me dijo que me iba a poner dentro de un grupo importante, donde había muchos profesores de la facultad, donde yo ya había aprobado el curso de ingreso para Ingeniería. Y me dijo que él iba a estar en contacto conmigo. Entonces me envalentoné. Le dije que agradecía mucho sus palabras y que el puesto me venía muy bien porque estaba pasando momentos muy difíciles económicos, pero que no participaba en total con sus ideas. Yo era casi una criatura. En esa época, un funcionario público era todo un personaje. Y que un gurrumín le dijera que no concordaba con sus ideas era un atrevimiento. El director se quedó petrificado y me preguntó en qué no coincidía. Yo le dije que él me otorgaba un puesto por mis aptitudes de estudio, pero no mencionaba que, además, había sido el mejor compañero, y le dije que tenía entendido que esa era la actitud que se necesitaba en esos momentos: el trabajar en equipo. El director se levantó, me dio un abrazo y le dijo al arquitecto Dotta: 'Angelito, dejame a este pibe en mis manos'. Me acompañó

hasta la oficina de Dibujo Técnico y me presentó al encargado, de apellido Speroni, pidiéndole que todos los meses le reportara a él cuál era mi situación en la oficina. Fue el momento en que se había habilitado en toda la ciudad de La Plata la red cloacal. En la oficina debíamos hacer todo el dibujo de las redes, motivo por el cual yo sabía por dónde pasaban las cañerías que se iban habilitando de toda la ciudad. Entonces armé una empresa de conexión de cloacas. Tenía un equipo de tres personas. Empecé por mi barrio y se dio el boca a boca y llegamos a tener siete u ocho personas trabajando en las conexiones mientras seguía con mis tareas en la oficina de Dibujo y estudiaba en la facultad de Ingeniería de La Plata”.

Capítulo 2 / *Hay un plan*

La casa de los Iaccarino en la esquina de 43 y 23 era, como muchas de las casas platenses, tradicional: una cocina, un comedor, dos dormitorios y un baño. En uno de los dormitorios, el matrimonial, dormían Rodolfo Genaro Valentín y Dora Emma; en el otro, el de los pibes, dormían los tres hermanos: Rodolfo José, Alejandro Rómulo y Carlos Alberto, cada uno en las camas contra las paredes, Alejandro, en la del medio. Carlos recuerda: "De noche, el que se levantaba para ir al baño tenía que pasar casi por todos los ambientes y si se prendía una luz, por menos voltaje que tuviera, se veía en toda la casa".

Una noche de 1963 ocurrió algo extraño, algo despertó a Alejandro. No se trató de la mano materna que cotidianamente le avisaba que era la hora de levantarse. No se trató de una pesadilla. El propio Alejandro lo cuenta: "Estaba descansando tranquilamente y algo me despertó. Mis hermanos dormían plácidamente, todo estaba en penumbras, pero yo sentí una voz que me daba instrucciones". El propio Alejandro sabe, hoy, que es difícil de creer. Tan difícil de creer como de explicar. Pero

las cosas importantes suceden así, sin más explicaciones: “Me sentí en un estado muy especial, y tuve la obligación de levantarme y buscar papel y lápiz. Lo hice sin saber qué hacía. Busqué un cuaderno, una pluma y empecé a escribir lo que en mi cabeza aparecía como un dictado. Habré escrito una hora, pero no puedo asegurarlo, ya que en ese estado los tiempos no coinciden con el de los relojes. En un momento, la voz interior que me dictaba dejó de hacerlo. Guardé el cuaderno y la pluma en el bagueño y me fui a dormir. A la mañana siguiente no me acordaba absolutamente de nada. Pero así, todas las noches, durante seis meses, a la cuatro, cuatro y media de la mañana, me levantaba, tomaba el cuaderno y copiaba, copiaba, copiaba”.

Carlos, al igual que Rodolfo José, cada uno desde su cama, lo miraban levantarse y seguían durmiendo. “Por supuesto —dice Carlos— que no sabía qué estaba escribiendo Alejandro. A ninguno de nosotros se le ocurría preguntarle. Personalmente, pensaba que estaba estudiando, pero no tenía la menor idea del plan.

Alejandro siguió despertándose cada noche: tomaba el cuaderno y la pluma y escribía lo que le dictaban. “A los seis meses —recuerda—, tenía un plan económico terminado sin entender una palabra de economía. No lo leía a la mañana siguiente ni lo comentaba con mis padres o mis hermanos. Me parecía que eran cosas que el Señor me otorgaba y que yo no debía ahondar en ello, sólo cumplir lo que se me estaba encomendando. Yo era un instrumento. Nada

de lo que escribía era técnico, sólo lógico. Una noche, así como había ocurrido súbitamente seis meses atrás, dejé, también súbitamente, de recibir esos mensajes. Dormí profundamente toda la noche, pero a la mañana siguiente leí todo y supe que allí había algo importante. En un principio no encontraba una coherencia. Entonces comprendí que era la propia mente la que tenía que buscar esa coherencia, interrelacionando toda la lógica escrita”.

El escrito estaba armado según bases, pero en lugar de palabras técnicas, propias del lenguaje economicista, aparecía esa lógica que Alejandro debía desentrañar para darle forma. Estaba claro que se debía romper de manera integral con la intermediación, pero no en la forma que podría entender un economista formado en leyes. Estaba claro que había que potenciar el mercado del pueblo, pero no aparecían especificidades empresariales. “Sin embargo –cuenta Alejandro–, todo estaba claro para mí, así que lo reescribí tomando las pautas que iba entendiendo”.

Por ese entonces, Alejandro estaba de novio con una chica, Laura Del Puerto, cuyo padre tenía un almacén al por mayor en la ciudad de Abasto, a 10 kilómetros de la ciudad de La Plata. Los Del Puerto estaban en una situación económica muy buena, y Alejandro le pidió a su novia, que lo seguía en cada una de sus invenciones, que le prestara una máquina de escribir. Laurita no tenía, de modo que la solución era pedirle al padre que le comprara una. Recorrieron varios negocios hasta que encontraron una Le-

tera 22, perfecta para lo que Alejandro necesitaba. El papá de Laurita la compró y Alejandro empezó a pasar en limpio el sistema que había ido anotando en sus cuadernos. "Las 17 bases que me habían sido dictadas se hacían un toco de unas cuantas hojas —cuenta Alejandro—. Y al finalizar la transcripción, cuando leí todo, comprendí que hay cosas que sólo pueden ser factibles si se otorga una gracia divina. Y yo la había recibido. Ese mismo día, leo en el diario *Clarín* una entrevista a Alejandro Enrique Shaw, uno de los empresarios más importantes de la Argentina, amigo personal de Nelson Rockefeller. Shaw, titular de la Academia de Ciencias Económicas, era presidente del Banco Shaw y de Ferrum. Al leer el reportaje concluí que ese era el hombre que debía decirme si mi plan funcionaba o no".

Recién ahí Alejandro les confió a sus padres y a sus hermanos lo que había hecho. Carlos recuerda ese momento: "Se conversó sobre el tema. Y decidimos que había que hacer una presentación formal. Entonces ayudamos en la corrección, en la construcción de la carpeta, en la redacción. Mis padres, que tenían una ortografía perfecta, limaron toda la sintaxis. El plan estaba en marcha".

Aquellos dictados recibidos por Alejandro noche tras noche durante seis meses se habían transformado en el Plan Económico Expansivo General, el PEEG, un escrito que cambiaría para siempre la vida de los Iaccarino.

Cuando los hermanos Carlos y Rodolfo leyeron el plan, comprendieron que las escrituras noctur-

nas de Alejandro estaban muy bien encaminadas. Cuenta Carlos: “Estábamos trabajando en la empresa de desagües cloacales. Y allí tenía un Citroën que me había comprado haciendo planos de hormigón armado para un ingeniero. Por entonces, para las cloacas se usaban caños y bocas de desagüe de cemento, muy pesadas. Y el Citroën no aguantaba ese peso. Justo en ese momento, se había montado en la calle 44, entre 17 y 18, un comercio de venta de caños plásticos, lo que después sería la firma Cañoplast. Eran los primeros en traerlos a La Plata y yo fui uno de los primeros clientes que les compró. Todos los constructores pensaban que esos caños se iban a romper de inmediato, pero yo sabía que no iba a ser así. Y la diferencia de precios entre unos y otros era abismal, de 1 a 10, ya que estos muchachos que habían abierto el negocio querían imponer los caños plásticos y, como había muy poca venta, bajaban los precios. A la vez, el Citroën me permitía llevar la conexión completa para una casa de esos caños de plástico. Eso me llevó a pensar que podían existir muchas formas diferentes de abaratar algo, así como yo lo hacía en la construcción. Y el plan económico de Alejandro iba en sintonía con eso, de manera que lo veía bien y factible”.

Sólo faltaba el visto bueno del señor Shaw, ese entrevistado por el diario *Clarín* en quien Alejandro había puesto la mira. Pero para lograr el visto bueno, primero había que conseguir llegar hasta ese hombre al parecer inalcanzable.

Capítulo 3 / *El jueves a las cuatro*

Una mañana de principios de 1964, Alejandro, de 18 años, se vistió con la mejor ropa que encontró en su ropero (traje gris oscuro, camisa celeste, corbata al tono y los zapatos gastados en el taco que lo obligaban a caminar detrás de cualquiera para que no pudieran observar el deterioro), tomó el tren desde La Plata hasta Constitución y luego el colectivo que lo dejó en la puerta del edificio de Sarmiento 355, la central del Banco Shaw. Aferró el maletín con su Plan Económico Expansivo General y miró hacia arriba, hacia ese cielo limpio desde donde le había llegado el dictado.

La presidencia del banco estaba en el tercer piso, y Alejandro enfrentó a las cinco secretarías sabiendo que allí estaba el primer escollo. El diálogo entre una de las secretarías y el joven de zapatos gastados parece extraído de una novela de iniciación.

–Buenos días, señor. ¿Qué desea?

–Vengo a solicitar una entrevista con el doctor Shaw.

–El doctor Shaw sólo atiende empresarios y financistas.

–Señorita, no se confunda por mi edad. No vengo

a vender rifas, sino a traer un plan económico que puede modificar el destino del mundo. Necesito mostrárselo al doctor Shaw.

Alejandro no sabe de dónde sacó el coraje para decir lo que dijo, pero algo es indudable: la secretaria quedó tan impactada ante ese muchacho de palabras corteses y certeras que, después de mirarlo como a un bicho raro, le dijo que iba a ver qué podía hacer y que la llamara la semana entrante.

Alejandro volvió a su casa apretando el papelito con el número de teléfono, sabiendo que el primer paso estaba dado. Y repasó mentalmente la frase de la secretaria: "la semana entrante".

El miércoles de la semana siguiente, Alejandro levantó el auricular y marcó el número. La voz de la secretaria sonó a gloria: "El doctor Shaw lo espera en su despacho mañana, jueves, a las cuatro de la tarde". Cortó. Y agradeció a Dios.

"La ansiedad era enorme —cuenta Alejandro—. Tanto, que el jueves, a las cuatro menos diez ya estaba ahí. Me senté en la sala de espera sintiéndome observado por las secretarias, y a los pocos minutos una de ellas me condujo hasta la puerta del despacho principal. Al abrirla, Shaw estaba del otro lado, imponente, alto, un poco encorvado, de traje azul oscuro con rayitas blancas y el eterno clavel en el ojal. Se había acercado hasta la puerta de su despacho para recibirme, un gesto de delicadeza que, por mis nervios, no llegué a medir en ese momento".

—Jovencito, siéntese, deje la carpeta que quiero conversar con usted antes unos minutos —dijo, serio, Shaw.

Alejandro recuerda ese momento bisagra de su vida: “Desde ese momento en adelante, siempre me llamó ‘jovencito’. La primera pregunta que me hizo, absolutamente sensata, fue que si había escrito un plan económico, yo debía ser un gran economista. Yo le dije que no, que no entendía nada de Economía. Y supe que decirle eso a ese hombre era como reírsele en la cara. Shaw me miró fijo y me preguntó ‘¿pero no era que me venía a ver por un plan económico?’. Le respondí que sí, pero que no entendía de economía, sino de lógica. Le dije que me permitiera explicarle las cuatro o cinco pautas básicas del plan para que él, después, dispusiera lo que quisiera. Le recalqué que no quería hacerle perder tiempo. Yo sentía que estaba como inspirado, que no me detenía nadie. Y le expliqué detalladamente en qué consistía la ruptura integral con la intermediación, lo que modificaría los precios de cada producto entre ocho y diez veces; la interpretación de poder llegar del productor al consumidor sin intermediarios. Luego seguí con el mercado del pueblo, donde nos manejaríamos con marcas blancas para poder comprar primera calidad pero no nombre de fantasía que encareciera el precio final; el juego que permitía precios totalmente distintos. Las bases que exponían la compra de bonos para que la gente comprara. En ese intercambio de bonos, estaba la ganancia de tres o cuatro puntos. Al tercer o cuarto punto, Shaw me dijo que estaba bien, que le dejara el plan, que se iba a su estancia al día siguiente, que allí lo iba

a leer atentamente y que a la semana me llamaría para intercambiar opiniones”.

El miércoles de la siguiente semana, fue la secretaria quien discó el número de la casa de los Iaccarino: “Mañana, jueves, a las cuatro de la tarde, el doctor Shaw lo espera en su despacho”.

Algo en el modo en que el doctor Shaw recibió a Alejandro en esa segunda cita le hizo comprender al “jovencito” que el Plan funcionaba. “Shaw estaba muy contento –recuerda Alejandro– y me dio una serie de vueltas para decirme que se había tomado el atrevimiento de corregir las tres o cuatro últimas bases, las financieras, porque no estaban definidas en el léxico financiero. Yo no lo podía creer. Shaw había escrito en los márgenes las correcciones. Me dijo que el sistema funcionaba perfectamente bien, pero que tenía un secreto. Me quedé helado: ¿cómo yo, que lo había escrito, no lo había visto, cómo no me lo habían dictado? Le pregunté cuál era. Shaw puso sus dos manos sobre el escritorio, sonrió y me dijo que para que el plan funcionara con toda su potencia y se transformara en una máquina de generar beneficios, se necesitaba de un caudal voluminoso de gente. ‘Ese caudal sólo lo pueden otorgar los sindicatos’, me dijo. Y ahondó: había que adherir a los gremios para que ellos mandaran a comprar a sus afiliados. Nos despedimos, le agradecí, pero Shaw me dijo que lo mantuviera informado si los gremios adherían”.

Alejandro confiaba en el plan, confiaba en la voz que se lo había dictado, pero se preguntaba en el

camino de regreso a su casa en La Plata por qué un hombre tan importante como el doctor Shaw lo había recibido a él, un jovencito de 18 años, por qué había leído su escrito con tanta atención y por qué confiaba en el desarrollo del plan.

La respuesta llegaría mucho tiempo después, cuando se enteró que el doctor Shaw había tenido un hijo, Enrique, que, haciendo primar sus profundas convicciones religiosas por sobre las apetencias aristocráticas que lo rodeaban, fundó la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE) a mediados de los años '50. Enrique había redactado los principios básicos de su forma de entender el desarrollo: "En toda empresa debe haber una comunidad humana donde los trabajadores participen en la producción. Sólo de esa manera podrá dársele al obrero el sentido profundo de pertenencia a una empresa. Se debe ayudar a que adquiera el sentido de sus deberes hacia la colectividad, el gusto por su trabajo y, por lo tanto, de la vida. Ser patrón, en definitiva, no es un privilegio, es una función". Enfermo de cáncer, Enrique había muerto el 27 de agosto de 1962, a los 41 años. El doctor Shaw, el padre de quien está a punto de convertirse en el primer hombre de negocios declarado santo por el Vaticano, había visto en los ojos de Alejandro el mismo brillo que envidiaba en los ojos de Enrique; el mismo fervor por sacudirse de encima la muletilla de "hombre de negocios" y cobijarse bajo el manto de "empresario social"; los mismos sueños y el mismo empuje para realizar

un plan que modificara las leoninas reglas de juego empresarial y de mercado para cambiar primero un grupo, después una sociedad, después un país, después el mundo entero.

Ante los ojos del doctor Shaw, Alejandro era Enrique vuelto a la vida dos años después. Allí estaba la puerta. “El jueves a las cuatro de la tarde” era la llave.

Capítulo 4 / *En marcha*

Alejandro se reunió con Carlos y Rodolfo para poner en marcha el plan económico. El primer paso era contactar gremios, como lo había aconsejado Shaw.

Y Alejandro habló con Abel Volpi, un muchacho que vivía a la vuelta de la casa de los Iaccarino y era la mano derecha de José Taccone, secretario del gremio de Luz y Fuerza en Capital Federal. Le explicó el PEEG y le pidió ayuda. “Necesitaba presentaciones –recuerda Alejandro–, y él me dijo que fuera a ver a Radamés Guglielmi, de la Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones, FOECYT, para que me asesorara sobre los gremios en la zona y el perfil de sus dirigentes”. Radamés se entusiasmó con el proyecto y le explicó el manejo de los sindicatos.

Carlos, por su parte, seguía progresando con su pequeña empresa de red cloacal mientras continuaba sus estudios universitarios. Había rendido 24 de las 29 materias del plan y sólo le faltaban las que se referían a cuestiones legales. Como su trato con UOCRA era fluido, solicitó a los dirigentes que le abrieran puertas en otros sindicatos. “Entonces empezamos

a visitar más asiduamente al sindicato de la carne Armour-Swift de Berisso —cuenta Carlos—. Primero por el trato que teníamos con el secretario general del sindicato, Héctor *Tito* Guana, un radical de mucho carácter y una honestidad impecable. Como ya habíamos hecho todos los trámites legales con los sindicatos para que nos aceptaran, Guana nos pidió que trabajáramos en proyectos de vivienda para el Sindicato de Obreros y Empleados de la Industria de la Carne Armour-Swift. Estaban en plena campaña electoral dentro del sindicato y Guana nos pidió si podíamos poner en marcha un plan de viviendas para los obreros. Básicamente estaba interesado en el modo en que podíamos abaratar costos”.

Tito Guana miró a los hermanos Iaccarino y les preguntó, frontalmente, si se animaban a realizarlas. Alejandro y Rodolfo miraron a Carlos, que había atesorado una enorme experiencia trabajando en los planes cloacales. “Carlos —dice Alejandro—, que había adquirido mucha experiencia en la construcción, sabía que la tarea era bajar costos. Y que para bajarlos había que modificar el sistema de cimientos debido a la napa freática muy alta que tiene la zona, a escasos 30 centímetros de la superficie. Los cimientos hasta tierra firme con que se construía por entonces encarecían mucho la construcción. Carlos copió un sistema de plateas, mucho más barato, que reducía entre un 20 y un 25 por ciento el valor de las viviendas”.

Pero había un problema: cuando se presentaban los planos para su aprobación en el Banco Provin-

cia, si no figuraban los “benditos” cimientos tradicionales, no se aprobaban. Los Iaccarino no se iban a rendir tan fácilmente. “Allí, en la parte técnica —continúa Carlos—, estaba el ingeniero Ferri Robirosa, un empleado que nunca había practicado empresarialmente la profesión y se negaba a todo tipo de cambios. Pero dentro de su equipo había un hombre que se dedicaba mucho al hormigón y le pedí que me aconsejara un estudio que fuese bien visto por el Banco”.

Los hermanos Iaccarino presentaron el estudio de cálculo de hormigón, les mostraron su proyecto (preparado para la realización de cientos de viviendas), y en unas semanas pasaron a retirar el trabajo. “Lo presentamos al presidente y al gerente de créditos hipotecarios del Banco Provincia —dice Carlos—, y no tuvieron otra alternativa que aprobarlo, ya que estaba hecho por los especialistas en que ellos confiaban”.

Ahora el problema era conseguir el dinero necesario como para arrancar. Los Iaccarino miraron el Citroën: los había ayudado en más de una oportunidad. Y esta era otra más. Con lo que obtuvieron por la venta del automóvil, crearon la primera empresa: Constructora Sureña Argentina Sociedad Anónima. Guana les puso a su disposición dos oficinas en el recientemente construido edificio de Lisboa 728, en Berisso.

Era 1967, y las casas empezaron a salir como hongos: la mayoría en Berisso, varias en Ensenada y algunas en La Plata.

Alejandro había ideado un sistema práctico: “Las casas que construíamos para los créditos que otorgaba el sindicato eran de dos o tres dormitorios, con pisos de cemento alisado, sin azulejos. Así se abarataba mucho. Si los compradores querían los extras, eso debían pagarlo aparte. De manera que cuando vendíamos cinco o seis casas ya teníamos el dinero suficiente como para hacer hasta el cimiento que exigía la certificación de las siguientes. Empezamos en febrero o marzo de 1967, y en septiembre ya teníamos oficinas propias en el Palacio de Cristal en pleno centro de la ciudad de La Plata”.

Los cientos de nuevos propietarios estaban fascinados con las casas de Constructora Sureña: era el sueño tantas veces postergado. “Y esa gente de los barrios obreros —cuenta Carlos— nos pidió si podíamos hacer el alumbrado público que hasta ese momento estaba a cargo de la Municipalidad, y lo cobraba carísimo, pero los realizaba con unos caños soldados que no soportaban el peso de las farolas y se quebraban por el óxido que se generaba en esas soldaduras. Nosotros nos contactamos con una fábrica que se llamaba Tubos y Perfiles que hacían las columnas en una sola pieza, lo que garantizaba mayor solidez. Ellos nos hicieron representantes en la zona de sus columnas, con lo cual nos proporcionaban descuentos importantes. Y esos descuentos se los pasábamos a la gente. La cosa fue creciendo, y así nació la segunda empresa, Ilumbras S.R.L.”.

Alejandro, por su parte, apadrinado por Tito Guana, comenzó a reunirse con otros dirigentes sindi-

cales. “Todos nos querían ayudar para realizar el plan —dice Alejandro—. Y fuimos ganando espacio.

Mientras tanto, la dictadura de Juan Carlos Onganía no lograba frenar una inflación galopante que atenazaba a toda la sociedad.

Por ese entonces, ya con contactos en varios gremios, Alejandro trabó amistad con Rubén Negro Diéguez, secretario general de la UOM La Plata y años más tarde de la regional La Plata de la CGT. Diéguez le comentó que había que frenar esa tremenda inflación que el coronel Franco Icazatti, intendente de La Plata, no podía controlar en la zona.

Los Iaccarino pensaron. El gremio municipal había sacado un permiso para el abaratamiento de los comestibles, pero chocaban con la inflación y el desabastecimiento. Comenzaron a estudiar la manera de crear puestos para abastecer La Plata y los alrededores. Sabían que vendría la competencia a ponerles palos en la rueda, pero primero tenían que ver la manera de conseguir los alimentos. La carne, por ejemplo, pasaba por cinco manos desde el productor al cliente. Todo era intermediación, que encarecería más y más el producto. Entonces fueron a verlo de nuevo a Guana para transmitirle que lo mismo que estaban haciendo con las viviendas necesitaban hacerlo ahora con los alimentos”.

Recuerda Alejandro: “Yo le había dicho al Negro Diéguez que, si nos bancaba, le parábamos la inflación por barrios”. En la cabeza de Alejandro ya estaba claro que una de las claves del PEEG, la

de dinamitar de manera integral la intermediación, era central. Para eso, obviamente, los Iaccarino debían enfrentarse con las mafias platenses de los alimentos. Y no se atemorizaron ante el desafío.

Guana solucionó el tema de la carne: era un momento donde estaba vedada la venta de medias reses, que controlaba el CIFEM, un organismo del estado que regulaba las entregas. Los Iaccarino necesitaban cien medias reses por día para abastecer a los puestos de abaratamientos instalados en La Plata. Mientras Guana gestionaba, los hermanos compraron camiones con caja refrigerada, contrataron cámaras frigoríficas ubicadas en 115 entre 42 y 43, donde se hacían remates de carne y estaba desocupado. Hicieron toda la instalación eléctrica nueva. Alejandro viajó a Santiago del Estero y llegó a un acuerdo con los productores de cooperativas fruti hortícolas. Ellos vendían a seis meses, con cheques, en el Merado Central. Y cuando iban a cobrar se enteraban que no había fondos, por lo cual les cambiaban los cheques por otros seis meses. Con 300 % de inflación, los productores terminaban trabajando a pérdida. El ofrecimiento de Alejandro fue pagarles al contado siempre que hubiera una quita importante. Los productores aceptaron a condición que compraran el equipo completo (un camión y acoplado de un mismo producto). Mientras se preguntaba qué iban a hacer él y sus hermanos con un camión con acoplado repleto de cebollas o de melones, firmó el acuerdo. Sabía que estaba jugando una carta

fuerte, pero el precio que había conseguido era insuperable: un tercio del valor anterior.

“El primer puesto lo instalamos en la vereda de 7 y 520 —cuenta Alejandro—, y fue un boom. Pero a los cuatro o cinco días nos cayeron ‘los pesados’ a las oficinas: el gordo Álvarez, jefe de la mafia de los carniceros de La Plata, me preguntó cuáles eran las zonas que quería, que eligiera porque las otras eran de ellos y nadie podía entrar y meterse con sus negociados”.

Alejandro le dijo que mejor hablara con el Negro Diéguez, que le dijera a él que me daba dos o tres zonas. Y jugándola a todo o nada, le marcó el número de teléfono del secretario zonal de la CGT. “No sé qué habrán hablado entre ellos —recuerda Alejandro—, pero Álvarez se fue sin pedir nada”.

La cuestión fue que los puestos estaban, teóricamente, a cargo de la CGT, y eso les daba a los Iaccarino una posibilidad excelente de frenar atentados o palizas. Los puestos, así, comenzaron a aparecer por todas partes: varios en La Plata, otros en City Bell, en Villa Elisa. “La gente nos compraba todo a nosotros —cuenta Carlos—. Primero venía gente humilde, después clase media, después con autos caros. Alquilamos un enorme galpón con maquinarias donde me quedaba todas las noches empaquetando al vacío, etiquetando, pesando justo. La confianza era el gran secreto de nuestro éxito. Y marcábamos todo con un 5% para el mantenimiento de la estructura”.

“La ganancia era otra —amplía Alejandro—. Y en eso nos ayudó mucho Shaw: nos mostró cómo era el tema del encaje en los bancos con el Banco Central. Los volúmenes de dinero que manejábamos nosotros eran un negocio importantísimo para cualquier banco. Y así conseguíamos créditos blandos. Con eso fuimos comprando campos y hacienda. El crecimiento era de una dinámica extraordinaria. Cada vez teníamos más beneficios. Y la comprobación de que el sistema económico funcionaba a la perfección”.

Los Iaccarino, cada uno en lo suyo, trabajaban a destajo. Poco importaba el cansancio: iban y venían de Constructora Sureña a Ilumbras, de allí a los puestos de abaratamiento, empaquetar, trozar la mercadería, manejar los camiones. Todo. Y los amigos, viendo los réditos que conseguían, comenzaron a hacer cola en las oficinas para que Alejandro los asesorara en sus propios proyectos.

“Rodolfo y yo trabajábamos veinte horas por día en las dos empresas —recuerda Carlos—. Y Alejandro, enorme buen amigo, ayudaba a los que nos venían a ver. Un día, le planteamos que nos parecía muy bien que él ayudara a nuestros amigos, pero que debido a eso se deterioraba el trabajo que tenía que hacer con nosotros. Él lo entendió y fundamos CIATRA S.A., Compañía Integral de Asesoramiento del Trabajo, donde asesorábamos a terceros y cobrábamos un porcentaje por sus obras, además de hacerles las liquidaciones de sueldos y jornales. Era 1970. Y en el piso once del Palacio de Cristal íbamos

comprando oficinas para las distintas empresas. Teníamos casi todo el piso. Todo funcionaba boca a boca. Y era todo éxito, garantizado por el trabajo y más trabajo. Allí, Alejandro empezó a moverse más en los bancos, en la parte económica”.

Los dos puestos del Mercado Central de La Plata, la Constructora Sureña, Ilumbras y CIATRA constituían un importantísimo ingreso diario de dinero. Se trataba de organizar esos ingresos. Los hermanos comprendieron que construir era negocio y empezaron a comprar terrenos, levantar allí viviendas y vender lo construido: departamentos, casas, de todo. “Y el dinero seguía entrando –cuenta Carlos–. Había un 350% de inflación anual y los bancos nos ofrecían a un interés del 60%. Nosotros, en vez de poner la plata en los bancos, teníamos que sacarla y comprar cosas”.

Y, como siempre, apareció la creatividad de Alejandro. Fue a Santiago del Estero y compró 25 mil hectáreas de campo y seis mil cabezas de ganado. El mejor campo de Santiago del Estero para cría de ganado vacuno. Era 1971. “Pusimos un 30% de la operación a los hermanos Zavaleta, que estaban en una posición complicada económica –cuenta Carlos–. A los treinta días nos llamaron de Santiago para decirnos que había que deshacer la operación porque los Zavaleta tenían todo embargado. La cuestión era que el dinero que habíamos puesto se lo habían gastado: un embrollo”.

Los Zavaleta se reunieron en el escritorio del abogado de los Iaccarino y resolvieron que la úni-

ca solución era hablar con la parte que había embargado para destrabar la cosa. La otra parte era la familia Merz.

Alejandro viajó nuevamente a Santiago del Estero y se puso en contacto con los Merz. Ellos no querían saber nada con los Zavaleta porque éstos le habían alquilado un campo a los Merz y cuando se lo devolvieron habían cortado todos los árboles dejando las raíces en tierra. El anciano Merz, cuando recorrió su campo que por 50 años no iba a servir para nada, tuvo un infarto y murió. Los Merz jamás perdonaron esa muerte, y cuando se reunieron con Alejandro pensaron que ese muchacho estaba en connivencia con los Zavaleta. Cuando comprendieron que todos eran víctimas de los Zavaleta, se llegó a un acuerdo. "Nosotros -cuenta Alejandro- ofrecíamos que levantarán el embargo para que pudiéramos escriturar y después nosotros les devolveríamos todo lo que les correspondía a ellos. Los Merz le habían embargado a los Zavaleta 150 mil hectáreas, de las cuales 25 mil eran las nuestras. Pero habían embargado mal: mitad y mitad en bienes inmobiliarios y mobiliarios. Los bienes mobiliarios se los quedaban todos ellos, pero nosotros nos quedábamos con las 150 mil hectáreas".

Carlos cuenta el final de la cuestión: "Tres días trabajaron los abogados, pero firmamos el acuerdo en el juzgado: cobraron los Merz, escrituramos las tierras y así, en 1972, les devolvimos a los Zavaleta las 125 mil hectáreas embargadas por los Merz.

Nos quedamos con 25 mil hectáreas, seis mil cabezas de ganado, varios puestos, pozos de agua, tierras espléndidas. Y seguíamos, por supuesto, con la comercialización, con la construcción, con todo funcionando. Éramos un grupo económico importante. En 1974, Alejandro entró en relación con Mitsubishi en Buenos Aires para comentarles que teníamos mucha madera dura para extraer aceites esenciales y hacer las briquetas que por entonces no se conocían con los desechos que quedaban. Mitsubishi pidió muestras de madera y trajimos de todo desde nuestros campos. Ellos tenían una planta en que podían hacerlo, pero había que ir a los Estados Unidos”.

Capítulo 5 / *La vía láctea*

Aquel PEEG que Alejandro había recibido a los 17 años, aquel plan económico que el banquero Shaw había apoyado, aquel mismo plan que los tres hermanos Iaccarino habían puesto en práctica funcionaba a la perfección. A sus empresas exitosas (Constructora Sureña, Ilumbras, Ciatra y los puestos de abaratamiento), Rodolfo, Alejandro y Carlos habían sumado las 25.000 hectáreas en el departamento de Alberdi, en Santiago del Estero. Pero no se detuvieron allí: potenciar la alicaída industria láctea de esa provincia, y por lo tanto de la región del noroeste argentino era otro viejo sueño de los hermanos. Y trabajaban duramente para conseguirlo.

Tan duramente, que el mero hecho de trasladarse de una empresa a otra, de un trabajo a otro, comenzó a constituirse una locura.

Cuenta Carlos: "Yo me quedaba de lunes a viernes trabajando en la constructora de La Plata. El viernes a la noche salía de allí para Santiago del Estero a las siete de la tarde, llegaba a las cinco de la mañana y trabajaba en el campo todo el día. A la

noche dormía bien, trabajaba todo el día y me volvía para Buenos Aires. En uno de esos viajes me quedé dormido y casi me mato contra un puente de hierro en Córdoba”.

Los hermanos se reunieron a discutir el tema y encontrarle una solución. Alejandro sonrió: “Muchachos, la cosa funciona y eso nos permite comprar varias cosas. Pero para que siga funcionando es necesario que no nos matemos contra ningún puente. Compremos un avión”. Rodolfo y Carlos lo miraron como si estuviera loco, pero las razones terminaron por imponerse.

Sigue Carlos: “Averiguamos cuánto valía un avión. Doscientos mil dólares, aunque lo más caro era el equipamiento: cien mil dólares. Hablamos con Mitsubishi aeronáutica y nos querían vender uno, ideal para japoneses, pero de techo demasiado bajo para nosotros. Además, la problemática técnica de ese avión hacía necesario un curso de treinta días para los pilotos. Y tanto tiempo no teníamos, Hablamos con el por entonces embajador argentino Alejandro Orfila, que nos contactó con uno de los cinco vice-presidentes de la empresa aeronáutica Rockwel Collins, y nos fuimos a Oklahoma para tratar el tema del avión y, de paso, en Nueva York dejarle toda la documentación de la madera para que la Mitsubishi estudiara el tema de los aceites esenciales”.

Carlos había viajado con su madre y los dos pilotos, quienes luego de una semana de aprendizaje, trajeron de vuelta a Dora Emma Venturino y a su

hijo menor en el flamante bimotor Rockwell Aero-commander Strike 500.

Casi al mismo tiempo, y por obra y gracia del destino, el sueño de la industria láctea en Santiago del Estero pasó a transformarse en realidad.

Con Carlos recién regresado de los Estados Unidos, en el campo de Alberdi se habían producido una serie de robos de ganado que tenían a maltraer a Rodolfo. Tanto que el mayor de los Iaccarino se había quedado en el campo a montar guardia hasta dar con los ladrones. Al cabo de una semana, los descubrió, los detuvo y se dispuso a trasladarlos en su camioneta a la comisaría.

Alejandro estaba en la capital de la provincia y allí esperó a su hermano para entregar a los ladrones. Y cuenta: "Pedimos hablar con el ministro de Gobierno de Santiago del Estero, Antonio Robin Zaiek, que nos hizo esperar tres cuartos de hora. Era raro, porque nos conocíamos muy bien y siempre nos atendía de inmediato. Pero entonces, veo que salen de su despacho cuatro ejecutivos muy bien trajeados y me hace pasar. Zaiek pidió disculpas y me dijo que había estado reunido con personas muy importantes de la empresa La Martona porque venían decididos a comprar ILSA, la única industria láctea existente en la provincia y la única empresa privada del noroeste, ya que las demás plantas eran Cooperativas manejadas por gerentes muy cercanos al emporio SANCOR. Y se sinceró: 'Creo que esta misma tarde la compran'. Yo estaba negociando por ILSA. Me olvidé de los ladrones de

hacienda y me puse a pensar rápidamente cómo ganarles de mano para comprarla nosotros. Salí de allí y me fui a lo de Néstor Ick, presidente de la empresa. Eran las doce y media del mediodía. Le dije que el tiempo de la negociación se iba terminando y que quería comprar la fábrica. Ick miró su reloj creyendo que se trataba de una broma, pero le dije que era el momento”.

—Tengo setenta mil dólares que le dejo ya de seña. Compramos ahora o nos retiramos —dijo Alejandro.

Ick habló con algunos de los socios y del otro lado del teléfono todas las voces le dieron el OK para cerrar el trato. El precio de venta era de 520 mil dólares. Un disparate para una empresa casi quebrada, pero Alejandro sabía que la industria tenía 300 mil dólares de pasivo. Había que ganarle de mano a los enviados de La Martona, que actuaban en connivencia con el gobernador y caudillo santiaguense Carlos Arturo Juárez. Era el gran momento de negociar. Y negoció: le pidió que hiciera un boleto provisorio, y que dejara constancia de que en un mes le daría el resto.

“La cuestión es que la operación se hizo —cuenta Alejandro—. Dejé los 70 mil dólares y le dije a Carlos que me iba a Buenos Aires a conseguir los poco más de doscientos mil dólares que nos faltaban para comprar. Estrené el avión: viajé a Buenos Aires, durante esos treinta días saqué toda la plata que teníamos y pedí lo que faltaba. Ya anocheecía cuando hice preparar el avión de regreso a Santiago. Pedimos extensión de torre y de luz, ya que

el aeropuerto de la provincia estaba cerrado y llegamos a las 10 de la noche. A las once y media me fui a la casa de Ick con un escribano y un abogado. Los miembros del directorio de ILSA estaban festejando con un asado los 70 mil dólares que habían cobrado. Hicieron un lugar en la mesa, firmamos todos los documentos y les dejé el dinero de la compra. ILSA ya era nuestra. Juárez no nos perdonaría nunca”.

La industria láctea de Santiago del Estero comenzó a crecer. “Sacábamos préstamos pero los pagábamos con una facilidad asombrosa —cuenta Carlos—. Entonces le pedí a nuestro contador que le exigiera a la DGI una inspección general de todos nuestros activos. Estuvo de acuerdo, nos presentamos a una inspección integral y después de unos 45 días salimos de la DGI como ‘empresa de lujo’. Yo estaba a cargo de la planta láctea y en los primeros seis meses de 1975, logramos revertir una pérdida de un millón y pico de pesos e hicimos llegar las ganancias a dos millones y medio de pesos. Además, hicimos muchas mejoras técnicas y de distribución, tecnificamos, comenzamos a distribuir en sachets dejando de lado las botellas, duplicamos la cantidad de litros de leche en depósito, potenciamos la venta de dulce de leche, de quesos, de postres, de manteca, de yogures y cremas heladas. Todo era vertiginoso”.

Pero el país también entraba en una etapa de vértigo. Al mismo tiempo que los hermanos Iaccarino refundaban la industria lechera en Santiago del Es-

tero, el ministro de Economía de la presidenta María Estela Martínez de Perón, Celestino Rodrigo, desataba una crisis económica sin precedentes. El 4 de junio, Rodrigo dispuso una fuerte devaluación de 160% para el cambio comercial y 100% para el cambio financiero. La tasa de inflación llegó al 777% anual y los precios nominales subieron casi un 200% produciendo un brutal desabastecimiento de alimentos y combustibles.

Había que aumentar el precio de la leche. Y Alejandro fue a plantearse al gobernador Juárez: "Fue una reunión tirante. Juárez me dijo que mientras fuera gobernador yo no iba a recibir permiso para ningún aumento de la leche, ya que la leche y el pan tenían un precio político. Estaba perdido. Teníamos el dinero justo, no ganábamos casi nada. Si parábamos la producción o la distribución, Juárez traía a Cootan, la cooperativa láctea de Tucumán y nos desplazaba".

Como tantas otras veces, Alejandro le pidió a Dios que lo ayudara. Y la ayuda llegó a su cabeza: "Hablé con el gerente general de nuestra empresa, el contador Santiago Drueta, y le dije que iba a firmar un pacto de no agresión con las seis provincias de la zona del NOA. Con Carlos nos pusimos a idear el pacto: proponíamos transmitirles todos los conocimientos adquiridos sobre los productos químicos y la tecnología para que no se multiplicaran las bacterias al agregarles vitaminas a la leche, y ofrecíamos sachetadoras para suplantar las botellas a cambio de no agredirnos entre las

empresas lácteas provinciales. Luego de un mes de tratativas, las seis provincias firmaron. Volví a verlo a Juárez para que me otorgara el aumento y él reiteró que nunca lo haría”.

—Entonces vamos al paro —dijo Alejandro.

—Es lo que estaba esperando que me dijera —sonrió maquiavélicamente Juárez—. Los voy a sacar del medio y haré entrar a la Cooperativa Cootan de Tucumán en Santiago del Estero.

Pero Alejandro sacó el acuerdo interprovincial de su portafolio y se lo alcanzó al gobernador.

Juárez casi se lo arrancó de las manos, lo leyó muy rápidamente y lo revoleó por el aire. Salió de su despacho furioso, dando un portazo. Alejandro y Drueta se quedaron sentados solos. Habían obtenido una victoria, pero también sabían que el riesgo de ese triunfo ante el hombre que dominaba la provincia como si se tratara de su coto de caza privado era muy grande.

A partir de ese momento, con el aumento acordado, comenzó crecer toda la cuenca lechera del NOA. Pero también comenzaron los problemas.

Cuenta Carlos: “Sancor nos retaceaba la venta. Nosotros le comprábamos semanalmente un camión completo de 20 mil litros porque no nos alcanzaba la de nuestra cuenca, entonces debimos empezar a comprarle a otras cooperativas de Córdoba, para superar diariamente el ingreso de leche fluida para aumentar nuestra producción (leche en sachet, manteca, yogur, queso, postres, cremas heladas), al mismo tiempo que teníamos que tener

todo funcionando como un relojito para asegurar la calidad de los productos como así también por las constantes inspecciones bromatológicas enviadas por el gobernador Juárez. Queríamos potenciar la cuenca lechera. Realizamos un concienzudo estudio de costos y definimos que el costo industrial era del 50%, de manera que vimos que a los tamberos podíamos pagarle una suma equivalente. Más allá del enojo de Juárez, nos empezó a llover la leche de todos lados y duplicamos la producción de quesos y manteca para ocupar ese aluvión, pues la leche es un producto muy delicado y, no obstante la pasteurización, la acidez no deja de estar presente. Pero ese aumento en el pago a los productores nos puso en una relación muy conflictiva con Sancor. Ellos recibían ocho millones de litros de los tamberos y nosotros cinco mil. Al aumentar lo pagado a los productores, a nosotros no nos pasaba nada, pero a Sancor el gasto se le iba por las nubes. Y los problemas crecían segundo a segundo. A nosotros nos interesaba la economía social, bajar los precios al consumidor. Y a ellos no”.

Alejandro amplía: “Habíamos armado el NOA lechero con la primera sociedad anónima, ILSA, que comandábamos nosotros, los hermanos Iaccarino. Hasta el momento, Sancor manejaba todas las cooperativas del NOA colocando a sus gerentes. Por lo tanto, las lecheras del NOA respondían a Sancor y no a sus intereses zonales cooperativistas. Sancor les bajaba línea, les dirigía las empresas. Y al ver que entrábamos nosotros, pensaron que

nos íbamos a adueñar de todo el norte argentino dejándolos afuera. Cuando copamos Santiago del Estero y vieron que no podían imponer sus condiciones, se dieron cuenta que había una estrategia más grande, que no era una cuestión de comprar ILSA y hacer el NOA lechero solamente. Que había una estrategia tendiente a no permitirles meterse en nuestros negocios”.

El 21 de agosto de 1975, el Comisario General Antonio Muza Azar, al frente de la Dirección de Inteligencia de la provincia de Santiago del Estero – hoy, después de sustanciadas las dos mega causas de Santiago del Estero, tiene tres condenas a cadena perpetua y es considerado un genocida–, pidió que la Dirección de Informaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) enviara información sobre el directorio de la empresa ILSA. Pero no lo solicitó sobre los doce miembros, sino solamente sobre los cinco Iaccarino: el padre, la madre y los tres hermanos.

Cinco días después, un teleparte de la DIPBA le informó que “los causantes no registran antecedentes de ninguna índole”. Pero la persecución recién había comenzado.

El 24 de marzo de 1976 se produjo el golpe de Estado. Una de las primeras órdenes del teniente coronel Daniel Virgilio Correa Aldana (jefe del Batallón 141 a cargo de la intervención militar de la Gobernación Provincial en Santiago del Estero) fue secuestrar el avión Rockwell de los Iaccarino. De poco sirvió que los hermanos presentaran la

documentación en regla. El avión quedó a disposición de la decisión que debía tomar el interventor militar, general César Fermín Ochoa. Un interventor militar que estuvo muy ocupado con "la mudanza y la redecoración de la casa que iba a ocupar que era donde vivía el ex gobernador Juárez" (según hizo saber) como para preocuparse del asunto. Los Iaccarino recién pudieron recuperar su avión el 12 de mayo de 1976.

Previamente, el 12 de abril de ese mismo año, había asumido como presidente interventor del Banco de la Provincia de Buenos Aires el doctor Roberto Bullrich. Dos días después, en una de sus primeras acciones, pasó todos los créditos con vencimiento escalonado que tenía el banco a descubiertos en cuenta corriente. Los Iaccarino pasaron a ser los primeros de una larga lista negra de "deudores a perseguir".

Los hermanos debieron hacer frente a los intereses en descubiertos, tres veces más altos que los normales, y a los 30 días de plazo para liquidarlos. Eso significaba una sola cosa: malvender propiedades.

Cuenta Carlos: "A los 15 días de que nos pasaran débito a cuenta corriente, se apersona un señor de origen griego y nos dijo que venía a comprar-nos el campo de Las Tahonas, 350 hectáreas en la provincia de Buenos Aires, a sesenta kilómetros de La Plata, sobre la ruta 36. Le preguntamos cuál era el motivo de su oferta ya que nosotros no habíamos publicado el campo a la venta y nos contestó que él conocía muy bien nuestra situación y

que nos dejaba su tarjeta para que recapacitáramos. Ofrecía el 50% del valor del campo. Pasaron 10 o 15 días más, y estábamos al filo de los 30 días que nos había dado el banco Provincia para pagar y comprendimos que había que vender. Lo llamamos al griego y quedamos en reunirnos al día siguiente en el estudio de nuestro abogado. Allí conocimos a Hugo Jorge, sobrino del general Llamil Reston, que era quien en definitiva compró el campo. Ellos indudablemente sabían de los apremios que pasábamos porque los generaban. Tenían toda la información. Con ese dinero, más la venta de otras propiedades (casas, terrenos) pudimos saldar el débito en cuenta corriente. Entonces recibimos el aviso de que nos fuéramos, por lo menos a Uruguay, aunque sea dos de nosotros". Pero los Iaccarino habían empezado juntos, habían construido todo su éxito juntos y decidieron continuar juntos: no tenían por qué esconderse y desconocían la peligrosidad de lo que se venía.

Todas sus operaciones estaban afuera de las relaciones políticas e ideológicas. Y más allá de los inconvenientes económicos, financieros y bancarios, seguían llevando una vida totalmente normal.

El 18 de octubre, el comandante de la X Brigada de Infantería y, como tal, Jefe de la Subzona 11, general de Brigada Adolfo Sigwald, solicitó mediante el coronel Ricardo Anselmo Flores Jouve al Departamento de Inteligencia santiaguense que se realizara una investigación sobre ILSA S.A.

El siguiente paso fue el pedido de Sancor para reunirse con los Iaccarino.

Alejandro y Carlos llegaron en su avión. La reunión fue tirante. Los directivos de Sancor, que manejaban la Cámara Láctea, no estaban de acuerdo con lo que hacían los Iaccarino y les reprocharon el aumento que habían otorgado a los productores. Los dos hermanos comprendieron que los iban a apretar por todos los medios posibles, pero eso no los preocupaba. Si había que luchar por el plan económico, ellos seguirían luchando. Lo que no sabían era que justamente ese plan económico estaba en la mira de la dictadura ya que no le era funcional a la política económica que debían implementar. “Ellos formaban parte del establishment de los golpistas”, dice Carlos. “Habían decidido voltearnos sí o sí”, dice Alejandro.

Y ambos saben que luego de esa reunión, los directivos de Sancor informaron a Martínez de Hoz y sus secuaces que los Iaccarino podían desbaratar los planes que la dictadura tenía para el país.

“Creemos que a los cuatro o cinco días de esa charla, dieron la orden de levantarnos”, dicen.

Capítulo 6 / *La detención*

La madrugada del jueves 4 de noviembre de 1976, como todos los días, Rodolfo José y Carlos Alberto Iaccarino cerraron la planta láctea luego de realizar la última tarea de pasteurización. Había sido una jornada de trabajo larga y sabían que tenían pocas horas de descanso, ya que muy temprano tenían que comenzar con el proceso de envasado de la leche. Cada uno subió a su auto y llegaron casi al mismo tiempo al departamento que alquilaban en la ciudad de Santiago del Estero en la que vivían junto a su padre. Los automóviles, como siempre, quedaron mal estacionados.

A las siete, siete y cuarto de esa mañana, mientras los hermanos y el padre desayunaban, dos personas golpearon la puerta y anunciándose como personal de la Unidad de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Santiago del Estero, les comunicaron que el jefe de la unidad, el comisario general José Medina quería conversar con nosotros. Rodolfo y Carlos pensaron que se trataba, como algunas otras veces, de una multa por estacionamiento. Pero cuando les dijeron que

el padre, Rodolfo Genaro Valentín, también tenía que acompañarlos, se miraron extrañados.

De todos modos, los tres Iaccarino salieron junto al comisario Felipe García y a un suboficial conocido como Ganso Blanco y caminaron las pocas cuadras que separaban el departamento de la Brigada de Investigaciones, en Avellaneda 440.

Cuenta Carlos: “Íbamos charlando de cualquier tema, despreocupados. Cuando llegamos a la unidad regional y entramos al despacho de Medina, nos dijo que había recibido un fax del Primer Cuerpo del Ejército pidiendo la detención de la familia Iaccarino. Cuando quisimos averiguar el motivo, Medina nos dijo que ‘los verdes’, normalmente, no daban razones; que la Policía estaba a disposición del Ejército y lo que ellos les pedían, debían cumplirlo”.

En el edificio de esa brigada de investigaciones de Santiago del Estero había funcionado, entre 1949 y 1953, la Policía Política que daría origen a la DIP, que operó en ese lugar entre 1953 y 1970. Durante la dictadura de Juan Carlos Onganía, y bajo la intervención del general Carlos Uriondo, había cobrado nueva fuerza, y el golpe de Estado encabezado por Videla lo había constituido como uno de los tantos centros clandestinos de detención que se distribuían a lo largo y ancho de todo el país. Esa mañana, el comisario general Medina les informó a los Iaccarino que el trato que iban a recibir iba a tener que ser un poco más duro de lo habitual ya que, reiteró, “estaban a disposición de los verdes”.

Rodolfo y Carlos, absolutamente tranquilos de conciencia por no haber cometido ningún delito y sabiendo que no tenían nada que ocultar, estaban enojados por lo que suponían una pérdida de tiempo.

—Comisario, disculpe —dijo Carlos—, pero no podemos estar esperando informes ya que tenemos siete empresas que atender.

—Mire, Iaccarino, nosotros con los verdes no podemos hacer nada —le contestó, parco, Medina—. Lo único que puedo hacer es mandar un radiograma al Batallón 601 y al Primer Cuerpo de Ejército, y pedir que me informen el motivo de sus detenciones. Mientras tanto, les voy a pedir que se avengan a las normas internas de la brigada.

“Entonces —continúa Carlos—, nos llevaron a una sala que estaba casi en el fondo de la brigada. Allí nos dijeron que teníamos que permanecer parados contra la pared, a tres metros uno del otro, con las manos atrás y con prohibición de hablar. Al mediodía nos trajeron comida de rancho del regimiento, y continuamos apartados de todo el movimiento de uniformados, a los que veíamos ir y venir apresurados a través de un ventanal que estaba alto. Así pasamos todo el día. A la noche nos trajeron tres sillas y tuvimos que dormir sentados allí mismo”.

El mismo 4 de noviembre, a media mañana, en Buenos Aires, Alejandro Iaccarino recibió la noticia de que sus hermanos y su padre habían sido detenidos. Intentaba averiguar los motivos. Buscaba la manera de comprender por qué los habían detenido. Si bien les habían avisado que estaban

en listas negras, sabía que ninguno de ellos había hecho nada ilegal como para que los detuvieran. No imaginaba siquiera que podían ir presos y suponía que la Justicia tenía algún tipo de sentido.

Mientras preparaba el avión para viajar a Santiago del Estero, los abogados de la familia, Luis Reynaldo Agnusdei y Mario Augusto Morelo, le dijeron que ni se le ocurriera presentarse en la provincia, ya que también podrían detenerlo, y que mejor viajaría él con la madre, Dora Emma, para averiguar qué había ocurrido.

Alejandro tenía el mediodía de ese 4 de noviembre una reunión con el teniente general Alberto Numa Laplane, que había sido pasado a retiro el 27 de agosto de 1975 y su lugar, al frente del Ejército, había sido ocupado por el golpista Jorge Rafael Videla. Alejandro y Numa Laplane habían organizado una compañía de comercio exterior llamada Demeter, y patrocinaban un programa televisivo, que conducía Antonio Carrizo: Argentina en los mercados del mundo.

Al finalizar la reunión, realizada en las oficinas de los Iaccarino, en el cuarto piso del edificio de la avenida Roque Sáenz Peña 852, Alejandro recibió un enigmático llamado telefónico del abogado. Había ocurrido algo grave, le informó sin dar más detalles, y le dijo que ya volvía para Buenos Aires y que era urgente que se encontraran a las tres de la tarde en la confitería de Aeroparque.

Alejandro pensó que algo grave le había ocurrido a su madre y no imaginó que el abogado había pre-

parado todo para entregarlo, pero algo lo hizo bajar las escaleras corriendo para alcanzar a Numa Laplane y contarle lo que pasaba.

Numa Laplane sospechó algo y le dijo que subiera al auto (donde lo acompañaban tres hombres de custodia con armas largas). Juntos fueron hasta Aeroparque.

“Cuando me vieron llegar con Numa Laplane y la custodia —dice Alejandro— supongo que no se animaron a detenerme, y el abogado no sabía qué hacer ni qué decir. La cuestión es que me cuenta nuevamente que habían detenido a mis hermanos y a mi padre y yo le pregunté qué había ocurrido con mi madre. Él me dijo que no había pasado nada, que estaba viniendo en el avión y que llegaría de un momento a otro. Me quedé allí y cuando llegó, a las cinco y media de la tarde, me comentó lo que pasaba. Rodolfo, Carlos y mi padre estaban detenidos en la Brigada de Investigaciones de Santiago del Estero y se desconocían los motivos. Luego de acompañar a los pilotos de nuestro avión, emprendimos el regreso a casa con mi madre. En el camino, mi madre se sinceró: lo último que había hablado con el abogado Mario Augusto Morelo, socio en el estudio de Antonio Tróccoli, era que no se preocupara, que tanto ella como yo siguiéramos con nuestras vidas normalmente ya que las detenciones de Rodolfo, Carlos y mi padre eran un error que se iba a resolver de un momento a otro. Pero su palpito era que la situación era muy grave”.

Dora Emma, como tantas otras veces, no se equivocaba.

“Eran casi las ocho y media de la noche cuando llegamos con el auto a nuestro departamento en Las Heras entre Canning y Ugarteche —cuenta Alejandro—, y el portero, un tipo bárbaro, no sabía cómo hacer para avisarme que no bajáramos. Me hacía gestos con la cara que yo no comprendía. Seguramente lo habían amenazado para que no nos hablara. Yo seguí por la rampa de la cochera debajo del edificio, y allí nos estaban esperando cinco personas armadas con pistolas .45 y 9 milímetros. Nos bajaron del auto. A mí me pegaron un par de cachetazos, como ablande, y a mi madre la llevaron del brazo hasta uno de los autos que tenían estacionados en la cochera. Mientras dos de ellos nos custodiaban, los otros tres subieron al departamento y se llevaron todas las cosas de valor. De allí nos llevaron a la Comisaría 21^a, en Julián Álvarez 2373: mi madre, yo y dos de estos hombres en un auto, los otros tres, en otro. No nos hablaban ni hablaban entre ellos, de manera que no sabía tampoco por qué nos habían detenido. A mí me tiraron dentro de un calabozo con materia fecal en los rincones, y un banco de cemento mugriento para sentarse o acostarse. A mi madre la metieron en un habitáculo de un metro treinta por dos. A los pocos minutos de estar allí, comenzamos a escuchar gritos de los detenidos, presos comunes y políticos, a los que estaban torturando en ese Centro Clandestino de Detención”.

Rodolfo, Carlos y el padre estaban detenidos en una de las mazmorras de Santiago del Estero. Alejandro y su madre, en una de las de Buenos Aires. La maquinaria del terrorismo de Estado había dado su primer paso contra la familia Iaccarino.

Capítulo 7 / *Entre rejas*

El 4 de noviembre de 1976, Rodolfo Genaro Valentín tenía 57 años, Dora Emma tenía 59, Rodolfo José estaba a punto de cumplir 32, Alejandro Rómulo tenía 30 y Carlos Alberto, recién cumplidos 29. Ninguno de los cinco miembros de la familia Iaccarino militaba en algún partido político y, mucho menos, integraban ninguna organización revolucionaria. Nunca habían portado armas, jamás habían atentado contra nada ni contra nadie. No habían asesinado, no habían robado. Limpios de todo delito, ninguno de ellos tenía antecedentes policiales ni cuentas con la Justicia.

Sin embargo, ese mismo 4 de noviembre de 1976, los cinco Iaccarino fueron detenidos por la dictadura sin explicación alguna.

Cuenta Carlos: "A la mañana del 5 de noviembre, pedimos hablar con el comisario Medina y nos dijo que no tenía ninguna noticia para darnos sobre nuestra detención, pero que nos hiciéramos a la idea de que íbamos a estar unos cuántos días en esas condiciones. Es más, nos dijo que el día an-

terior habían llegado nuestros abogados, pero que como estábamos a disposición del Poder Ejecutivo, no pudo permitir que nos vieran”.

No había nadie más a quién preguntarle, no había nada más que hacer salvo seguir parados contra la pared, las manos atrás, a tres metros uno de cada uno, en silencio absoluto. Hasta el pedido para ir al baño se complicaba.

Al mediodía, trajeron a la Brigada de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Santiago del Estero a Mario Gadea, el capataz del campo de los Iaccarino y lo dejaron en la misma sala y en las mismas condiciones que a sus empleadores. Lo había detenido en el campo una comisión a cargo del Capitán del Ejército y Jefe de Policía Juan José Ramírez, del Inspector Mayor Domingo Loccisano junto con una serie de integrantes del ejército y de la policía con varios móviles en un operativo cinematográfico mientras estaba arreglando un alambrado. Consciente de terminar su trabajo, había pedido permiso a los policías para hacer pasar al ganado hasta la aguada antes de que lo llevaran, pero se lo negaron. Trató de hacer razonar a sus captores, pero la respuesta fue una lluvia de golpes. Luego lo esposaron y lo trasladaron al edificio de Avellaneda 440.

Rodolfo Genaro Valentín, Rodolfo José, Carlos Alberto y el capataz Mario Gadea estuvieron doce días parados contra la pared, comiendo sólo una vez al día un guiso aguachento y durmiendo en sillas, sin que nadie les hablara ni los interrogara.

El 16 de noviembre, sin que ellos se enteraran (recién lo sabrían cuando se levantó el secreto de sumario de sus casos luego de que fueran anuladas las leyes de Obediencia Debida y Punto Final), llegó a la dependencia donde estaban detenidos un informe enviado por el Primer Cuerpo de Ejército donde se decía que no había motivos para la detención de ninguno de ellos ni causas que lo justificaran; ya que no estábamos a disposición del PEN ni a disposición de ningún juez y ya habían pasado más de 12 días.

A las nueve de la mañana de ese 16 de noviembre, agentes de civil de la Policía Federal cortaron el tránsito en las esquinas de la Brigada de Investigaciones de Santiago del Estero con camionetas doble cabina. Cinco de ellos entraron a la dependencia. Los Iaccarino y el capataz fueron llevados al despacho del comisario Medina. Allí estaban los cinco policías, y el diálogo que mantuvieron los dejó helados. "Medina les dijo que éramos personas de muy buen comportamiento -cuenta Carlos-, que nos conocía bien, pero ellos le dijeron que tenían sus propios métodos para saber si una persona era buena o no. Como vieron que mi padre estaba destrozado después de los doce días de plantón, lo dejaron en libertad en ese mismo momento". A Rodolfo, Carlos y el capataz los esposaron con las manos atrás y los trasladaron a la delegación de la Policía Federal en Santiago del Estero, en Jujuy 258, que también operaba como Centro Clandestino de detención desde la implan-

tación de la dictadura. El operativo para sacarlos de la Brigada fue impresionante: varias camionetas, quince efectivos de civil con armas largas. El de llegada a la delegación de la Policía Federal fue el mismo: corte de tránsito, ostentación de armas, gritos, imposición de terror. “Entramos a la Delegación –sigue Carlos– y luego de tomarnos las huellas dactilares, nos hicieron desnudar, abrir las piernas, separarnos las nalgas, y nos metieron a los tres en una celda donde nos ordenaron estar parados exactamente igual que en el otro lugar”.

A la una de la tarde de ese 16, Carlos se descompensó, sufrió un desmayo y cayó al suelo. Le dieron agua, lo reanimaron y lo sentaron en una silla. Hombre de vida sana, acostumbrado a trabajar duro veinte horas por día, era el primer desmayo que tenía en su vida. El diagnóstico fue lipotimia, algo que Carlos conservaría para siempre: cada vez que se pone nervioso, cada vez que está a punto de explotar por alguna situación estresante, se desmaya.

“A las cuatro de la tarde –continúa Carlos–, llevaron a cabo el operativo inverso: nos subieron a las camionetas y nos llevaron al aeropuerto provincial, donde salía un avión de línea de Aerolíneas Argentinas. Entramos con cinco camionetas a la pista de aterrizaje: todos con armas largas encañonándonos, y subimos con tres tipos al avión. El capitán del vuelo pidió que los policías le entregaran sus armas y que nos sacaran las esposas. Recién entonces nos sentaron: sucios, con toda la ropa arrugada, demacrados. Cuando su-

bió todo el pasaje, gente que, por supuesto, nos conocía de la provincia, nos miraban espantados, como si tuviéramos lepra”.

Llegaron al aeroparque Jorge Newbery de la Ciudad de Buenos Aires a las cinco y media de la tarde de ese calurosísimo 16 de noviembre. Los bajaron del avión y los metieron en un camión para traslado de detenidos: una caja de chapa compartimentada en pequeñísimas celdas y una ventanita minúscula de cada lado. “Tan chiquitas eran las celdas —dice Carlos— que el capataz, un hombre enorme, no entraba y lo tuvieron que dejar entre las cabinas y una reja. Cerraron las puertas y dejaron el camión al sol durante una hora y pico. No había aire, no parábamos de transpirar. Así ablandados, nos llevaron al anochecer al Departamento Central de la Policía Federal, en la calle Moreno, entre Luis Sáenz Peña y Virrey Cevallos. Nos ubicaron a cada uno en un calabozo medianamente grande, con baño, pero sin luz, una suciedad absoluta y ratas enormes que iban y venían a su gusto. Estábamos en el cuarto piso, que daba contra el patio de Bomberos. Cada media hora salían las autobombas con las sirenas a todo volumen, lo que imposibilitaba descansar”.

Al día siguiente, el 17 de noviembre, era el cumpleaños de Rodolfo. Carlos, desde su celda, le dijo que en esas condiciones era difícil celebrar nada, pero así y todo le deseaba feliz cumpleaños. La respuesta de los policías de guardia fue entrar a la celda y pegarle una paliza brutal.

Una vez por día, siempre y cuando se acordaran, los guardianes les llevaban un jarrito con mate cocido y un pan duro imposible de masticar. El 21 de noviembre, a las nueve de la mañana, mientras dejaban en libertad al capataz, una patota de civil llegó hasta las celdas de Rodolfo y de Carlos. “Eran el comisario D’Amato, Patané y Di Nuncio, que nos llevaron al cuartel de la X Brigada de Infantería, dependiente del Primer Cuerpo de Ejército, sobre la avenida Santa Fe, pasando el Puente Pacífico. Nos dejaron en un salón de actos, otra vez parados a tres metros uno del otro, esposados, mirando la pared, y a eso de las cinco de la tarde—ya habían pasado ocho horas sin comer ni tomar agua— nos llevaron a interrogar”.

Fueron palizas brutales y preguntas sin respuesta: qué grupos armados financiaban, a quién le prestaban el dinero. Y amenazas: “agradezcan que por ahora no los llevamos a otros lugares donde no les van a tener tanta paciencia”.

Luego de los golpes y las preguntas los trasladaban nuevamente al Departamento Central de la Policía Federal. Cada dos o tres días, los volvían a trasladar hasta el cuartel de Palermo. Y nuevamente los golpes y los interrogatorios, aunque las preguntas se fueron tornando específicas: qué era el Plan Económico Expansivo General, cómo les había permitido hacer tanto dinero, cuáles eran los bienes y cómo estaba estructurado su patrimonio. Cuenta Carlos: “Cuando les explicaba las bases del PEEG no entendían nada y se enfurecían más con

los golpes". En uno de esos interrogatorios, quien estaba a cargo de esa Brigada, el coronel Ricardo Anselmo Flores Jouvé, le entregó a Carlos un cuaderno y un lápiz: "Usted anota acá todo el desarrollo de sus vidas, los negocios, las operaciones. Todo, no se olvida nada. Si algo no coincide con la verdad, la van a pasar muy mal", le dijo.

En uno de los traslados, la cosa empeoró aún más: el auto donde D'Amato, Di Nuncio y Patané los llevaban se detuvo detrás de otro vehículo y de un patrullero estacionados debajo del Puente Pacífico.

"Del otro auto —cuenta Carlos—, bajaron dos policías de civil que intentaron sacarlo del vehículo a las trompadas. Rodolfo trató de defenderme y lo golpearon a culatazos, a raíz de ello le dio la primera angina de pecho de la cual nunca se recuperó. Nos separaron. A Rodolfo lo llevaron a la X Brigada y a mí me metieron en el patrullero y me trasladaron a la Comisaría 37^a, en Juramento 4367. Allí me tuvieron una semana. Según ellos, para ablandarme. Me golpeaban y me insultaban por considerarme de izquierda. '¿Así que vos sos de los que les gusta matar policías?', me gritaban. De nada servía que les dijera que nunca había actuado políticamente, que nunca había sido violento y que, como católico que era, defendía la vida humana. Los golpes parecían no parar nunca. Era una situación más complicada todavía. Sin Rodolfo, golpeado, bajo una tortura psicológica permanente, sin saber qué iba a pasar y cómo estaba el resto de mi familia. Después de unos días donde me arrojaron en un calabozo y pa-

recían haberse olvidado de mí, me llevaron nuevamente a la X Brigada, donde entregué el cuaderno para que se lo dieran a Flores Juvé y volvieron a amenazarme con confrontar lo escrito. De allí, me trasladaron a un nuevo destino, la Comisaría 22, en la avenida Ingeniero Huergo 640, donde me reencontré con Rodolfo”.

Recién entonces el comisario les dijo que ambos quedaban detenidos allí a disposición de la X Brigada de Infantería. Los ubicó en los calabozos del fondo, bien apartados de todos los demás presos comunes.

El periplo de Alejandro no había sido muy distinto. Detenido junto a su madre, Dora Emma, el mismo 4 de noviembre, habían sido llevados a la Comisaría 21^a, en Julián Álvarez 2373. Mientras Alejandro era traslado para interrogarlo a la X Brigada, en Palermo, Dora Emma seguía en el cubículo infesto donde la habían arrojado. “Cada tanto—cuenta Alejandro—, algún preso que sentía algo de piedad por ella le alcanzaba un jarrito con mate cocido y un poco de leche. Estuvo 17 días en ese habitáculo, haciendo sus necesidades allí mismo, y durmiendo después como podía. Un día la trasladaron a ella a la X Brigada y el coronel Flores Juvé, al verla en el estado que estaba, dijo ‘esta mujer está desquiciada, no sirve para nada’, y ordenó que la liberaran. Esa misma tarde la llevaron a la casa”.

Pero a Alejandro, cada tres o cuatro días volvían a trasladarlo al cuartel de Palermo para sonsacarle datos a fuerza de golpes. “En la comisaría—cuenta—

me golpeaban como una forma operativa de pasar el tiempo, pero en la X Brigada de Infantería, luego de diez o quince horas de tenerme parado mirando la pared, me sentaban en una silla, las manos esposadas a la espalda, y comenzaban los golpes certeros y las preguntas. Querían conocer el Plan Económico en su totalidad para mandárselo a las multinacionales. Pero eran tan brutos que sólo atinaban a preguntar 'cómo hicieron tanta guita'. Yo les explicaba lo relacionado con la operativa con los bancos, los volúmenes de las operaciones, los redescuentos en el Banco Central, la validez de nuestras cuentas: la verdad, la pura verdad. Pero no entendían, entonces insistían con cómo habíamos hecho tanta guita, por qué presidía tantas empresas, cómo habíamos empezado. Yo volvía a contarles lo mismo, y arreciaban los cachetazos, las patadas, las trompadas que iban y venían, los empujones a la silla para que me fuera al suelo sin protección de ningún tipo. La marcación del terror como para que no hubiera la menor capacidad de resistencia. Yo seguía repitiendo lo mismo, la verdad, y ellos seguían golpeando”.

Como los torturadores no entendían nada de economía, y los resultados de los interrogatorios a Alejandro y a otros empresarios detenidos no resultaban beneficiosos para sus planes, los mandamases de la dictadura comprendieron que debían llamar a gente capacitada para interrogar a economistas o personas de grandes negocios. Se comunicaron con el presidente de la Comisión Nacional de Valores,

Juan Alfredo Etchebarne, para que les enviara economistas para estar durante los interrogatorios. La tortura siguió siendo igual de brutal, pero las preguntas se tornaron más específicas.

Alejandro siguió detenido hasta el 16 de diciembre en la Comisaría 21ª, siendo trasladado varias veces a la X Brigada para que repitiera claves y bases del Plan Económico: "Ya no me preguntaban si pertenecía a alguna organización política o subversiva, para nada. Sabían que ni yo ni nadie de la familia teníamos nada que ver con nada. Lo tenían recontra claro. Pero había mucha bronca conmigo. Como presidía las empresas, consideraban que el cerebro de todo era yo. Y a golpes querían averiguar cómo habíamos hecho tanto dinero".

La mañana del 16 de diciembre, Rodolfo y Carlos fueron trasladados de la Comisaría 22ª a la terminal de Retiro. La mañana del 16 de diciembre, hacía la misma terminal, pero desde la Comisaría 21ª, fue trasladado Alejandro. Una delegación de Santiago del Estero los esperaba para llevarlos a esa provincia donde deberían testificar en una causa que les habían armado por la compraventa de los campos.

El reencuentro de los tres hermanos, luego de 43 días, fue emocionante. Esposados, sin poder abrazarse, los ojos y las sonrisas fueron sus aliados. Intercambiaron todos los datos que tenían: Rodolfo y Carlos le contaron a Alejandro que su padre estaba bien, que había sido liberado hacía un mes. Alejandro les contó a Rodolfo y a Carlos que su ma-

dre estaba en la casa desde hacía 25 días. Los tres dieron gracias a Dios por estar nuevamente juntos.

Cuenta Alejandro: “Nos subieron al tren. Íbamos custodiados por dos tipos, el comisario Felipe García y un subalterno conocido como Ganso Blanco. García me dijo que nos iban a sacar las esposas, pero que tenían entendido que yo era muy peligroso, así que cualquier movimiento que hiciera nos boleteaban”. Carlos amplía: “Cuando llegamos a Santiago del Estero, nos llevaron a la Alcaldía de Tribunales. Al día siguiente, el secretario del Juzgado Penal Sánchez Díaz nos tomó declaración indagatoria por abuso de firma en blanco en la compra del campo a los Zavaleta y un montón de cosas más”. Y remata Alejandro: “En Santiago del Estero teníamos un abogado conocido por Nenino Argibay. Lo único que nos dijo al vernos fue que nosotros teníamos dinero en los Estados Unidos y que él quería 400 millones de dólares. No lo podíamos creer. A los dos días, volvió para decirnos que lo habían apretado y que tenía que abandonarnos. Entonces pasó a defendernos el doctor Pedro Arnedo, un gran abogado penalista, de la alta sociedad de Santiago del Estero, que actuaba como abogado de pobres y ausentes”.

La causa había sido armada por el comisario Antonio Musa Azar Curi, jefe de Inteligencia de la Policía de Santiago del Estero, encargado de preparar toda la trama que justificara las detenciones como la de los Iaccarino. El campo a los Zavaleta lo habían comprado dos años atrás y jamás había ocurri-

do ningún problema. No en vano, la falsa causa se había presentad en el Juzgado penal el 4 de noviembre de 1976, el mismo día que los detuvieron.

El 19, volvieron a tomar el tren hacia Buenos Aires conducidos por los mismos policías, Felipe García y Ganso Blanco. De la estación, los trasladaron a la Comisaría 22^a.

“Allí, en la 22^a, pasamos fin de año –cuenta Carlos–. A principios de enero nos llevaron a la X Brigada nuevamente y allí nos dijeron que nuestros padres estaban pasando por una situación económica terrible, y que por qué no vendíamos el avión para aliviarles la vida. Dijimos que no teníamos ningún problema en hacerlo. De manera que el 11 de enero, el mismo día que dictaminan que estábamos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, nos otorgan a Rodolfo y a mí la prisión domiciliaria para que nos encargáramos de realizar la venta”. Rodolfo y Carlos fueron a su casa, el 2° “D” del edificio de departamentos de avenida Las Heras 3745. No imaginaban que la venta que les proponían no era para aliviar a sus padres, sino para quedarse con el dinero, como habían hecho con las propiedades de Rafael Perrota.

“Yo –dice Alejandro– había quedado preso como garantía por si mis hermanos intentaban escaparse. Indudablemente, nuestros captores no sabían nada de la unión de nuestra familia. Me trasladaron a la Comisaría 23^a, en Santa Fe y Gurruchaga”. Allí debían ir todas las tardes Rodolfo y Carlos para

firmar y acreditar su presencia. Pero ellos aprovechaban para llevarle comida decente a Alejandro.

“Pusimos un aviso anunciando la venta del avión en Clarín y vinieron cuatro interesados – cuenta Carlos–. Dos personas de la Fuerza Aérea; el dueño de Cochería Paraná, Alfredo Péculo, que también trabajaba para la Fuerza Aérea, y un abogado del empresario Carlos Alberto Bulgheroni, del Grupo Bidas”.

Como los Iaccarino habían comprado el avión con una hipoteca del 15% del Banco Nación, para venderlo debían tener la autorización del banco. Así que las negociaciones se tenían que hacer en la casa central del banco. “Las cuatro veces que fuimos –continúa Carlos–, nos encontramos directamente en el despacho del jefe de Créditos en moneda extranjera, Prat Gay. A mí me hacían sentar en el pasillo y entraban los compradores a hablar con Prat Gay. En el subsuelo del banco había un polígono de tiro y funcionaba como otro Centro Clandestino de Detención. Cuando algún empresario atenazado por la dictadura iba a firmar la cesión de sus bienes, los detenían junto a los compradores y se quedaban con el dinero de la transacción y los bienes y hacían desaparecer a todos. Era un negocio redondo: se quedaban con tierras, propiedades, industrias, de todo. El avión, al final, no lo vendimos. Los cuatro compradores entendieron que nosotros estábamos presos y se retiraron de la negociación”.

Como la operación no se pudo llevar a cabo, el

20 de marzo de 1977, cuando Rodolfo y Carlos fueron a firmar y a llevarle la comida a Alejandro, les informaron que a partir de ese momento quedaban nuevamente detenidos. Los llevaron al calabozo del subsuelo de la 23ª donde estaba Alejandro, y le contaron que no habían podido vender el avión. Allí estuvieron detenidos otros dos meses.

“La noche del 26 de mayo, el comisario D’Amato nos mandó a llamar –cuenta Carlos–. Nos vino a buscar un oficial de guardia que recién había tomado el turno y se quedaba hasta el otro día al mediodía. Nos condujo al primer piso y D’Amato nos dijo que quería personalmente mostrarnos la orden que establecía que al día siguiente nos trasladarían a un establecimiento carcelario. Cuando intentamos preguntarle cómo estaba nuestra situación, nos dijo que él sólo podía decirnos eso: al día siguiente nos trasladaban a una cárcel”. Mientras el oficial de guardia los llevaba nuevamente al calabozo, casi en secreto, y jugándose mucho más que su puesto, les dijo que él no podía hacer nada, pero que lo único que estaba dentro de sus posibilidades era pedirle nombre y cargo de quien los viniera a buscar y el lugar hacia dónde los trasladaban.

Así lo hizo. El comisario Violas, de la 23º, informó que el funcionario que se hizo cargo del traslado, por orden de las autoridades militares, a la Unidad Penal de Olmos, era el oficial sub-inspector de la Policía de la Provincia de Buenos Aires Ricardo Daniel Garrido.

“A las 14.30 del viernes 27 de mayo de 1977 –cuenta Carlos–, cuando mi padre nos traía la comida, vio que tres personas de civil nos sacaban esposados de la 23ª y nos arrojaban a la parte de atrás de una camioneta color marrón clarito tapándonos la cabeza con unos pulóveres. En el piso de la camioneta había otra persona tirada y encapuchada”.

Cuando Rodolfo Genaro preguntó en la comisaría dónde llevaban a sus hijos, le respondieron que a Olmos. De modo que el domingo, día de visita en el Penal, él y su esposa, Dora Emma, viajaron hasta allá para verlos. Les dijeron que ahí no estaban sus hijos y que averiguaran en la Unidad Carcelaria N° 9. La respuesta en la otra cárcel fue la misma. Allí no había ningún Iaccarino. El matrimonio volvió a su casa desolado.

El lunes 30, Dora Emma presentó un habeas corpus ante Eduardo Francisco Marquardt, juez nacional de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional Federal N° 2 de la Capital Federal (Causa N° 299/77 “Iaccarino Rodolfo José y Otros s/ HABEAS CORPUS), secretaria del doctor Oscar Mario Salvi. El secretario pidió informes al Ministerio del Interior, a la Policía de Provincia y exhibió el decreto 49/77 en el cual los tres Iaccarino estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional desde el 11 de enero de ese año. De la Policía Federal les contestaron que estaban en la Comisaría 23ª y se recibió una nota del coronel Ramón Camps, como jefe de Policía, donde decía que el 30 de mayo, poniendo énfasis al remarcar que fue el mismo día

que su madre presentó el Habeas Corpus, estaban a disposición del juez federal Leopoldo Russo. Otras respuestas daban como lugar de detención de los tres hermanos Iaccarino distintos lugares: la Comisaría 22^a, la Unidad Carcelaria N° 9. No había caso. El matrimonio Iaccarino volvió a hacer toda la recorrida. Sus hijos no aparecían.

“La cosa –cuenta Carlos– es que nos habían tirado en la caja de la camioneta, donde hicimos un recorrido de aproximadamente una hora parando en dos lugares donde escuchábamos risas y charlas de los choferes y atravesamos un pontón y algunas puertas. Cuando llegamos, nos bajaron, las manos esposadas atrás y tabicados. Estábamos en el COTI (Comando de Operaciones Tácticas de Investigaciones) de Martínez, en Avenida del Libertador 14.237. También bajaron al otro hombre que estaba tirado en la camioneta, y ahí descubrimos que era nuestro amigo, el Negro Rubén Diéguez”.

La forma de descubrirlo fue terrorífica. La voz de Milton Pretti, alias “Saracho”, jefe del COTI Martínez, sonó lúgubre: “Acá, Diéguez, se te acabaron las libertades constitucionales”.

Los Iaccarino y Diéguez fueron empujados hacia una doble hilera de uniformados que los molieron a golpes, patadas, cachiporrazos. Esposados, tabicados, no podían frenar ninguna acción en su contra.

“Nos llevaron a una celda chiquita –cuenta Carlos–, de dos por dos, con otras seis o siete personas y nos dejaron ahí como tres días: teníamos que hacer nuestras necesidades encima. A los tres días nos

sacaron, nos llevaron al baño, nos desnudaron, nos manguerearon y nos dieron una ropa seguramente robada a otros detenidos. De allí nos llevaron a una celda más grande, con otras ocho personas. En esa celda se cortó la comida. Estuvimos allí 36 días en los cuales bajamos quince kilos. Y empezamos a entender por qué estábamos detenidos. Cuando nos pasaron al circuito Camps nos registraron en la Brigada de Investigaciones de Lanús, con sede en Avellaneda, conocida como el Infierno, un centro clandestino de detención y distribución de detenidos. De allí mandaban a los detenidos a otros agujeros tan brutales como el COTI Martínez o el Pozo de Banfield, donde no había ningún tipo de legalidad. Las risas y las charlas que habíamos escuchado en la camioneta eran del Infierno. Allí tomaron nota de nosotros, dejándonos administrativamente asentados como detenidos, pero nos llevaron al COTI Martínez para ablandarnos”.

Que se entienda: Está firmado y corroborado que los hermanos Iaccarino estuvieron a partir del 30 de mayo de 1977 en la Brigada de Investigaciones de Lanús con sede en Avellaneda a disposición del juez federal Leopoldo Russo. El mismo juez deja por escrito, después de 44 días, que los Iaccarino estuvieron a disposición suya a partir de esa fecha, y detenidos en el Infierno. Pero del Infierno los llevaron al COTI Martínez, de modo que estuvieron formalmente detenidos en Avellaneda mientras estaban físicamente en COTI Martínez. Es decir, sufrieron, estando detenidos, un doble secuestro

coactivo. Fueron los únicos detenidos que, después de estar a disposición del PEN siguieron atravesando centros clandestinos de detención. Nueve en total. Si estaban administrativamente en la Brigada de Avellaneda y los trasladaron para ablandarlos al COTI N° 1 Martínez, la responsabilidad de la tortura, chequeada y probada por testigos, está a cargo de los titulares del Infierno. Por allí pasaron Jacobo Timerman, Rafael Perrota, la familia Miralles, los ministros del gobierno del gobernador Calabro. Por allí pasaron los tres hermanos Iaccarino. Ninguno de ellos volvería a ser el mismo después de esos días.

Capítulo 8 / Los laberintos del horror

“Allí conocí el miedo, el miedo verdadero –dice Alejandro–. Nos dejaron tirados en una celda en la cual estábamos seguros que nos iban a matar. Y cuando uno sabe que lo van a matar, la adrenalina, el factor que está en las suprarrenales y despide un olor determinado, se desata. Yo veía mi vida, los seres queridos, todo en un carrusel a una velocidad infinita. Una noche, a eso de las 10, me vinieron a buscar. Entraron a la celda, me dijeron que había llegado mi turno, me levantaron de los brazos y me llevaron. Me desnudaron y me tiraron sobre un elástico de cama, tabicado y encapuchado. Sentí que me ponían unas gomas en las muñecas y en los tobillos y las ataban al camastro. Eran como pedazos de cámaras de automóvil, y entre esas gomas y mi piel hicieron entrar unos alambres. Después sentí que tensaban una correa alrededor de mi cuello. Quedé tensado, como estaqueado arriba de ese elástico. Entonces empezó la picana. Entre descarga y descarga de electricidad, volvían a preguntarme sobre el Plan Económico, sobre la forma en que habíamos hecho dinero. Como podía, explicaba nueva-

mente la verdad, las bases del plan, la operatoria en los bancos, pero nada los conformaba. Querían quebrarme. El tema era reventarme a mí, como supuesto cerebro de lo que ellos llamaban 'el grupo'. La picana era incesante, las convulsiones me desgarraban. Se ensañaban, básicamente, en el páncreas. Después supe que los tres o cuatro puntos donde picanean el páncreas eran para destrozarse la producción de insulina. A la media hora de tortura brutal, sentí que mi corazón no aguantaba más. En ese límite, tuve una visión de Jesús, parado a mi derecha. Deben haber sido milésimas de segundo, el tiempo se había diluido en ese tipo de circunstancias. Estaba fuera del tiempo y fuera del espacio, pero vi a Jesús nítidamente. Y a partir de ese momento sentí el dolor de la tortura a menor intensidad. Comprendí que me estaba muriendo, que me empezaba a ir. Allí es cuando sentí que se abría una puerta y alguien anunciaba que pararan. Era el médico de la Policía de la provincia de Buenos Aires Jorge Antonio Bergés. Uno de los torturadores me levantó la capucha y me tiró en la boca algo que, supongo, debe haber sido coramina. El carnicero Bergés volvió a hablar y dio la orden de largarme. La tensión de las cuerdas y gomas y los movimientos espasmódicos que me provocaba la picana me habían desgarrado todos los músculos. Me desataron y me arrastraron entre dos torturadores hasta la celda donde estaban mis hermanos y otros detenidos. Me arrojaron a suelo como una bolsa de papas con orden de no darme agua bajo ningún motivo".

Alejandro fue reponiéndose con el correr de los días. En esos días, los secuestradores organizaron un asado para festejar el cobro del rescate por el secuestro de Rafael Perrota. Como una muestra más de la bestialidad que reinaba, les llevaron hasta la celda las migajas del banquete: tres pedacitos de chorizo que arrojaron al piso, buscando que los ocho detenidos se pelearan entre ellos para mitigar el hambre brutal.

En esos días, los Iaccarino eran llevados por separado, siempre tabicados y encapuchados, a una oficina donde los hacían firmar papeles que no podían ver. La tortura no se volvió a repetir, pero habían logrado lo que buscaban: que Alejandro les dijera a sus hermanos que no había otro camino que transferir los bienes que habían conseguido trabajando a destajo desde aquel primer paso en el Plan Económico Expansivo General.

“Después de 36 días, el 6 de julio de 1977, conocido como la Noche de las Corbatas, recordado por el conjunto de secuestros de abogados laboristas y familiares de éstos en Mar del Plata; 11 personas en total, realizados por integrantes del Ejército Argentino que actuaban en forma ilegal, —dice Carlos—, nos devolvieron a Rodolfo, a Alejandro y a mí a la Brigada de Lanús con sede en Avellaneda, entrando la camioneta por un galpón aledaño al mismo. Hubo una brutal paliza al bajarnos. Nuevamente se repitió la doble hilera de policías que nos apalearon cuando pasábamos por el medio, tabicados, encapuchados, las manos esposadas a

la espalda. Volvíamos al Infierno, el Centro Clandestino de Detención y Distribución de detenidos donde se enseñoreaban el jefe, comisario general Bruno Trevisán, y el sub jefe, comisario mayor Jorge Rómulo Ferranti”.

Pasaron varios días sin comer, arrojados en una celda junto a otros seis detenidos comunes (piratas del asfalto, secuestradores, etcétera).

A los cinco días, se hizo presente en la Brigada el juez federal Leopoldo Russo y la doctora Beatriz Aparicio. Los Iaccarino fueron conducidos ante ellos.

“Venían a hacernos una declaratoria sobre una causa por monopolio de carnes —cuenta Carlos—, otra de las causas armadas para justificar nuestras detenciones. El juez Russo había sido profesor nuestro. De Rodolfo, en el Colegio Nacional Rafael Hernández de La Plata; de Alejandro, en el Normal 3, y mío, en el colegio industrial Albert Thomas. Lo reconocimos de inmediato, pero él no quiso hablar con nosotros. Lo único que dijo fue que la doctora Aparicio nos tomaría las declaraciones. Y así fue”.

La tortura psicológica continuaba. El hacinaamiento en la celda, la falta de higiene, los gritos, las amenazas. La única fiesta era la llegada de la poca comida que los captores permitían entrar de lo que llevaba cada mediodía el padre de los hermanos Iaccarino.

Alejandro entró en un estado de misticismo que aún hoy lo asombra: “Y entré en un estado de espiritualidad muy elevada, en la cual logré convencer a los 40 detenidos que estaban en la Brigada, pre-

sos comunes y políticos, de rezar un rosario todas las tardes a las siete. Convencer a esos muchachos difíciles que se arrodillaran frente a un altar que había hecho en el calabozo mío parecía un imposible, pero lo logré. Estaba en un estado de gran paz interior, el paso anterior a la felicidad. Estaba flotando, en estado de gracia. Y eso fue ratificado por el sacerdote que nos atendía, Fray Mamerto de Jesús Leiva, que cuando se enteró que estábamos allí a disposición del PEN vino a vernos. Yo le dije al sacerdote que quería confesarme y él me dijo que nosotros estábamos en el Purgatorio y que era él quien debía confesarse frente a nosotros”.

Fueron largas semanas en el Infierno. La primer semana de octubre, los Iaccarino fueron conducidos nuevamente a las oficinas del sub jefe Ferranti.

Cuenta Carlos: Allí nos dicen que había dos personas interesadas en comprarnos los campos de Santiago del Estero y el avión y nos los presentaron: Vicente García Fernández y Bruno Chezzi (presidente de las firmas Equinoquímica S.A. y Compañía de Tierras y Hoteles de Alta Gracia S.A.)”.

Los Iaccarino dijeron que no querían vender. Pero Chezzi fue tajante: “Miren, la situación de ustedes es fácil, ustedes definen esta operación y se van en libertad. Hay una serie de situaciones políticas y demás que no hace falta ahondar. Conozco perfectamente el caso del monopolio de carnes. La causa la manejamos nosotros. Si no transfieren los bienes, van a aparecer en el Río de la Plata. Acá hay que entregar algo. Ustedes venden y salen”.

Cuando les dijeron que no podían vender nada porque estaban presos, Chezzi volvió a hablar, sonriente, soberbio: “Eso se arregla. Eso, y la causa del juez Russo, se arregla. Piénsenlo”.

Los Iaccarino comprendieron que no había otra solución.

“El 15 de octubre —cuenta Carlos— se firmó un boleto que nunca tuvimos pero debe estar en el Banco Nación donde ellos decían que nos compraban el campo y el avión y a cuenta nos entregaban el Sierras Hotel de Alta Gracia o la cancha de golf del Sierras Hotel más 300 mil dólares.

El 11 de noviembre a la mañana nos llevan a la oficina del subjefe Ferranti y él nos notifica de la falta de mérito en la causa del monopolio de carnes; Chezzi y Fernández dijeron que ellos habían cumplido con el sobreseimiento dictado en la causa por el monopolio de carnes. A la tarde nos llevan nuevamente para la oficina del Comisario Ferranti e hicimos un poder dándole autorización a nuestro padre para que se llevara a cabo la venta”.

Además de Rodolfo, Alejandro y Carlos, en el despacho del sub jefe del Infierno estaban Chezzi, García Fernández, la escribana Lía Cuartas de Camaño (con su esposo, también escribano) y el comisario mayor Ferranti.

La escribana Camaño comenzó a leer en voz alta un poder especial que los hermanos Iaccarino debían hacer a favor de Rodolfo Genaro Valentín Iaccarino y de una persona de nombre Eduardo Araujo, de quien nada sabían ni supieron jamás,

para que oficiaran como mandatarios en la venta de dos fracciones del campo.

“En ese momento –cuenta Alejandro–, Carlos tiene la lucidez como para pedirle a la escribana si se podía asentar dónde se realizaba la cesión. Camaño, al escuchar el pedido, comprendió que no podía poner eso, pero Ferranti le dio el visto bueno para hacerlo constar, mostrando la impunidad en la que se encontraba”.

La inserción demostraba que nada de lo que estaba ocurriendo era válido. Pero poco les importaba a los secuestradores y a los compradores. A diferencia de lo que ocurre con el boleto, perdido para siempre, sí existe copia de ese poder especial. Allí se lee: “En la Brigada de Investigaciones de Lanús, con asiento en Avellaneda, el 11 de noviembre de 1977, Carlos y Rodolfo Iaccarino solicitan la presencia de la escribana Camaño y confieren poder especial a favor de su padre y de Araujo para vender, por el precio y las condiciones que estimen convenientes: a) una fracción de campo de la exclusiva propiedad de aquéllos, ubicado en el Departamento Alberdi de la provincia de Santiago del Estero, conocida con el nombre de ‘La Marta’ y catastrado en la Dirección General de Rentas bajo el padrón 3-0-278, y b) una fracción de terreno, ubicada en el Departamento Alberdi de la Provincia de Santiago del Estero y designada con el número dos del lote MM, parte conocida como ‘El cincuenta’”.

Dice Carlos: “Pagando una cuota vencida se quedaron con el campo y el avión, el que no constó en

el boleto por lo inaudito del valor que supuestamente pagaban". Y amplía Alejandro: "La cesión de los bienes era la muestra palmaria de la efectividad del Plan Económico Expansivo General que los dictadores y el establishment no podían permitir".

Entonces, sus captores les dijeron que con eso salían. Pero no fue así. El campo debía escriturarse en Santiago del Estero, cosa que recién se haría el 28 de diciembre de 1977, el día 29 fue inscripto en el Registro de la Propiedad de Santiago del Estero y el 13 de marzo de 1978 se inscribió una hipoteca de 450.000.000 pesos del Banco de Italia y Río de la Plata. Recién entonces se decidió cumplir con el traslado.

Carlos cuenta: "El 13 de enero de 1978 nos trasladan a la Unidad penal de Olmos, pero como allí no había lugar, nos mandaron a la Unidad Carcelaria N° 9. Luego de tener que atravesar nuevamente la doble hilera por donde teníamos que pasar para que nos pegaran a gusto, nos mandaron a los calabozos de penitencia: sin luz, sin comida, sin agua. Recién al tercer día abrieron las puertas y salimos. Nos llevaron a los baños, nos manguerearon, nos fumigaron para desinfectarnos y un peluquero nos rapó. Después nos dieron el mameluco de presos".

Y cuenta Alejandro: "Allí estuvimos varios meses. Carlos y yo, en la celda 528; Rodolfo y el Negro Diéguez en la celda de al lado. Una vez cada quince días nos hacían bañar en pleno invierno con un chorro de agua helada. En una oportunidad, al realizar el recuento matutino —donde es-

taba establecido que los presos se deben parar al costado de la cama- el guardia cárcel dijo que Carlos y yo no habíamos cumplido y nos llevaron desnudos desde la celda hasta el baño y debajo de esos chorros de agua fría nos tuvieron hasta gastar un jabón cada uno mientras los captores se reían mirándonos tiritar”.

En julio de 1978, el PEN levantó la detención de los hermanos Iaccarino. Debían llevarlos a declarar a Santiago del Estero, pero la dictadura no iba a dejarlos salir tan fácilmente.

“El servicio penitenciario tenía el avión de traslados roto –cuenta Carlos–, con lo cual la libertad se hacía esperar. Ofrecimos pagar los pasajes pero nos dijeron que no, que debíamos viajar en el avión de la Penitenciaría Federal. Nos tuvieron algo más de mes y medio esperando”.

“Por esa unidad penitenciaria –cuenta Alejandro– habían pasado Adolfo Pérez Esquivel, Alfredo Bravo, Juan Graiver, tantos otros. Mis viejos nos iban a visitar todos los sábados, a pesar de la demencial requisita a que los sometían. En esas semanas de espera leía mucho. Leí un libro llamado *Diálogo con Dios*, de Guillermo de Saint-Thierry, un monje que hace trece meditaciones trascendentales. Y me pareció soberbio. Al salir de la cárcel, busqué ese libro. Necesitaba leerlo de nuevo. Pero cuando lo encontré y lo volví a leer, comprendí que no lograba entenderlo como al leerlo en la cárcel. El nivel de sufrimiento y encierro me habían dado un alto grado de interpretación que perdí al recuperar la libertad”.

El 22 de agosto de 1978, el avión estuvo listo. Los hermanos Iaccarino fueron trasladados a Santiago del Estero en él, tirados en el suelo, encadenados a una argolla, golpeados por cada uno que pasaba a su lado.

“En Santiago del Estero —cuenta Carlos— había un grupo de tareas esperándonos y nos llevaron a la cárcel. De allí, a Tribunales. El juez pidió fianza para darnos la libertad. Nosotros dijimos que le dábamos garantía de propiedades, pero exigieron las acciones tipo A de ILSA”.

“Dijimos que no —dice Alejandro—, que nos dejaran el monto deseado. Pero no hubo caso: teníamos que entregar las acciones tipo A o no salíamos. Las acciones de tipo A son las que tienen más votos y manejan la sociedad. Tuvimos que darlas. No hubo un sólo detalle que no tuvieran en cuenta para que el despojo fuera total”.

Recién cuando las entregaron, los trasladaron nuevamente a la Cárcel de Encausados de la ciudad de Santiago del Estero para que recogieran sus ropas y los liberaron. Habían pasado 22 meses en las mazmorras de la dictadura. Habían sido golpeados, humillados, torturados, obligados a entregar el fruto de su trabajo, sus ideas.

Escribe Carlos Fernández Sessarego en su estudio *El daño al proyecto de vida*: “Jean-Paul Sartre sostiene que el ser humano ‘es un existente cuya existencia individual y única se temporaliza como libertad’. La libertad se despliega en el tiempo, por lo que podemos referirnos a la existencia como

el tiempo de nuestra libertad, y a la vida como la vida de nuestra libertad. El ser humano es tiempo. Constituye un proceso temporal, abierto, donde el pasado condiciona el presente y, desde éste, se proyecta el futuro. El futuro está, por ende, dado en el presente en forma de proyecto. Si el ser humano es temporal es también, y por consiguiente, un ser histórico. La libertad en el tiempo, la vida temporal de la libertad, hacen posible que cada ser humano se proyecte, se realice, despliegue su personalidad, tenga una biografía y una identidad. Se suele decir, en frase de corte materialista, que 'el tiempo es oro'. Ella, sin embargo, entraña un profundo error en lo que concierne a la percepción del ser humano así como en cuanto a las jerarquías axiológicas prevalecientes en el mundo en que vivimos. Y es que no hay nada más importante para el ser humano que el tiempo de la libertad. Por ello, lo correcto sería afirmar, por el contrario, que 'el oro es tiempo'. Si el ser humano es tiempo, su ser está por hacerse a partir del don de la vida. El ser humano no es una cosa, hecha, terminada, maciza, sino que, por el contrario, es lábil y fluido, desplegado en el tiempo, haciéndose permanentemente con los 'otros' y con las 'cosas' del mundo. La existencia es un hacerse a sí mismo dentro de la temporalidad. Por ello, el filósofo alemán Karl Theodor Jaspers, puede afirmar que 'el ser sólo se nos abre en el tiempo'".

Durante 22 tortuosos meses, la dictadura les había quitado a los hermanos Iaccarino su proyecto

de vida. La mañana del lunes 4 de septiembre de 1978, Rodolfo, Alejandro y Carlos volvieron a ver el cielo claro y transparente de Santiago del Estero. Estaban libres.

Capítulo 9 / Volver

Hacía poco más de una semana y media que Rodolfo Genaro Valentín y Dora Emma preparaban, día por medio, canelones. Habían acordado esa forma de festejar la salida de prisión de sus tres hijos: un almuerzo nuevamente en familia, los cinco. Desde el 22 de agosto que amasaban los panqueques, preparaban el relleno, la salsa y sonreían pensando “es hoy”. Doce días pensando “es hoy”. Pero recién el mediodía del lunes 4 de septiembre, el almuerzo estuvo listo y los cinco pudieron sentarse a la mesa como antes. Ese antes que parecía tan lejano, tan ajeno.

“Nos mirábamos con los ojos llenos de lágrimas. Habían pasado casi dos años y volvíamos a estar los cinco juntos alrededor de una mesa, compartiendo la comida”, dice Carlos. Pero, ¿cuánto es “casi dos años”, cuánto 22 meses? ¿Cuánta soledad son 669 días? ¿Cuánta injusticia?

La casa de Santiago del Estero de los Iaccarino fue una fiesta de miradas aquel mediodía, como

debía haber sido siempre. “Comimos sin dejar de mirarnos a los ojos —dice Alejandro—, celebrando el estar todos juntos nuevamente. Y al finalizar el almuerzo, Rodolfo y Carlos decidieron que había que ir a la fábrica”. Los dos se levantaron de la mesa y se fueron a trabajar.

La fábrica era la empresa láctea Ilsa, y seguía funcionando. “Los tamberos que nos vendían se habían reunido para ofrecernos su apoyo —cuenta Carlos—, dándonos facilidades para pagarles la leche con la condición de que nosotros siguiéramos al frente. Y así lo hicimos. Recibimos tanta cantidad de leche que, por la distancia, unos trescientos kilómetros de Santiago, tuvimos que poner la planta de frío en Selva. Y empezamos a fabricar queso”.

Pero la dictadura no había completado su trabajo con los Iaccarino. Ni la dictadura ni su brazo ejecutor en la provincia de Santiago del Estero, el gobernador Ochoa. Cuando las cámaras frigoríficas de Ilsa estuvieron llenas de hormas de queso, Ochoa ordenó una inspección bromatológica e impositiva. El grupo de esbirros que cumplió la orden ya tenía una definición antes de realizar su tarea. Y dejaron asentado en un acta su sentencia: los productos de los Iaccarino tenían *Escherichia coli*. “Por supuesto era una mentira total —dice Carlos—, pero no había forma de protestar. Llegaron camiones del Ejército y vaciaron las cámaras. Como una muestra del engaño que habían cometido con los análisis, y mostrando la impunidad con la que se manejaban, repartieron todo el queso en

los colegios". Los Iaccarino comprendieron que no tenían otra alternativa que cerrar la fábrica. La suerte estaba echada. Rodolfo se encargó de vender los recipientes de acero inoxidable. Frente al atropello, a la decisión dictatorial de terminar con ese grupo de empresarios que no se rendían, era la única manera, tan triste como inexorable, de garantizar algún tipo de ingresos.

Una tarde, Alejandro, sentado solo en el balcón del departamento de Santiago del Estero, frente a la Plaza San Martín, donde vivía toda la familia, pensaba en la forma de luchar contra aquellos que les habían sacado todo, no sólo lo material, sino el proyecto de vida exitoso que habían ido construyendo paso a paso por más de una década. "Yo sabía que tenía una cuota de inspiración -cuenta-, una manera de pensar distinto. Y entonces, aquella tarde, como muchos años atrás en la casa de La Plata, empezó el dictado: armar una entidad con todos los empresarios a los que les había ocurrido lo mismo que a nosotros y muchos otros que adherían a los postulados, principios y valores enunciados en los Estatutos de las Asociaciones". Era el punto de partida de la Confederación Económica Argentina (C.E.A.).

"Cuando nos quitaron todo lo material llegando a límites imposibles de borrar -cuenta Carlos-, comienza en uno la manera de defenderse ante la injusticia, como así también el silencio de la casi totalidad de la gente que nos rodeaba y del res-

to de los familiares que nunca nos fueron a visitar a la cárcel. Unos, por miedo. Otros, por no ser identificados como amigos nuestros. Entendíamos esas posiciones, pero en el fondo queríamos luchar contra esa cobardía y anomia que penetra en la mente y hace surgir el pánico que nos tocó ver en tantos 'amigos' que, automáticamente, dejaban de serlo. Se levantaban de las mesas donde nos sentábamos cerca de ellos, cruzaban la calle para no tener siquiera que saludarnos. Pero Dios no nos iba a abandonar en ese momentos, cuando volvíamos de un más allá de terror, de pánico, de tortura y de desapoderamiento”.

Alejandro viajó a Buenos Aires. No tenía dinero, pero sí algunos amigos de los que responden con el corazón, con la verdad. “Les conté el plan y empezamos a movernos –dice–. Conseguí varios hombres clave, muy vinculados, Angel Asti, Felix Cufre, el ingeniero Huguet y el ingeniero Lavarda, de la firma Karan, entre muchos otros de San Martín; Carlos Morasky, de Mar Del Plata; Rubén Nicosia, de Tucumán. Sería innumerable el listado completo de todos aquellos que de una u otra manera se enrolaron en las distintas Asociaciones, a los que les pedí que nos tendieran una ayuda económica. Ellos aceptaron gustosos, comprendieron el alcance que podía tener esta nueva jugada. Le pedimos prestadas unas oficinas que estaban ubicadas en Sarmiento al 500 a otro amigo, Simonetti, y abrimos la entidad. Primero, fue una asociación. Los viernes hacíamos un asado entre todos los asociados. Y en uno de

esos asados llegó Vicente Solano Lima, del Partido Conservador: él se comprometió a ayudarnos. Nos brindó las tarjetas de viaje para cualquier aerolínea (en ese momento eran Aerolíneas Argentinas S.A. y Austral Líneas Aéreas las que les otorgaba el Gobierno Nacional a todos los partidos políticos para que hicieran su campaña) y con ellas pudimos recorrer todo el país para asociar empresarios que habían corrido la misma suerte que nosotros, como así a otros que promulgaban con nuestras ideas, y transformar la asociación en una federación. Los resultados eran fantásticos y nosotros seguíamos trabajando duro. Así, logramos armar la Confederación Económica Argentina”.

Agrega Carlos: “Surgían entre todos aquellos que habían atravesado el Jordán de rodillas como nosotros muchas ideas de cómo defendernos ante esa situación de abandono, soledad e injusticia. La idea era aclarar bien quiénes eran las empresas nacionales y quiénes la transnacionales, cómo defendernos de los holdings que asolaban el país y del cierre despiadado que se estaba llevando a cabo de los verdaderos emprendimientos argentinos. Así fuimos armando las asociaciones en las diferentes provincias. Luego armamos la federación y, por fin la CEA, que tenía como objetivo el hecho de dejar al descubierto las causas que se armaban (la famosa ‘normalidad fraguada’) para detener a las personas y quitarles sus bienes. Eso nos permitió encontrar a mucha gente dañada por la tablita del ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, mucha

gente que había tenido que cerrar y malvender sus fábricas por el nefasto sistema de importación que había. Fuimos uniendo a toda esa gente y nos dio fuerzas para actuar en determinados estamentos donde solos no hubiéramos logrado nada. No nos movía el odio, sino la fuerza por demostrar hechos que eran a simple vista fáciles de ver. La población sabía que la libre importación estaba destrozando al país, sabía que los genocidas se quedaban con los bienes y las familias de quienes ellos quisieran, sabía que los militares no llevaban adelante una lucha por la patria sino por sus propios intereses y para aplicar un plan económico que respondía al establishment. Los militares creían que ese establishment los iba a defender cuando llegara la hora de la justicia. No comprendieron que ese establishment sólo iba a ayudar a sus propios hombres: Martínez de Hoz falleció en su casa tranquilamente mientras Videla murió en la cárcel”.

Tres años llevó el armado de la Confederación Económica Argentina. Tres años para organizar a todos los empresarios esquilados por la dictadura y comprender que la batalla era enfrentar a la Unión Industrial Argentina, esa UIA donde estaba enquistado el monopolio de las multinacionales que instruían qué se debía hacer y cómo debían manejarse para continuar con el despojo. “Al armar la CEA –dice Alejandro– entramos en otro juego. El de poder denunciar. La CEA tuvo una impronta, un enfoque genial, pero nos faltaba poder. Poder y medios para pelear contra el capitalismo

salvaje. Sabíamos que para cada logro hay una pelea. Y una síntesis de nuestra vida era y es pelear contra el poder establecido”.

Cuando se inauguró la mesa de San Martín de la CEA estuvieron invitados el ex presidente Arturo Frondizi, el nuncio apostólico Ubaldo Calabresi y, entre otros muchos embajadores, los de China Comunista, Siria, Irán. “También una entidad muy importante de los Estados Unidos distribuida en el mundo entero, el Instituto Schiller Internacional, que invitó a nuestros expositores a un evento que se realizaría en Washington”.

El encuentro con Frondizi tendría una arista anecdótica que hoy los dos hermanos Iaccarino recuerdan con una sonrisa. En la primera entrevista que tuvieron Alejandro y Frondizi, el ex presidente se despidió diciéndole a su secretario “el joven no sabe que se metió en la boca del lobo”. Alejandro sabía que lo que estaba a punto de decir era una soberana falta de respeto, pero, como él mismo dice, le salió del alma: “Puede ser cierto, pero recuerde que yo me dejo masticar por quien quiero”. Frondizi quedó tan impresionado por la respuesta de aquel treintañero que sólo atinó a decirle que volviera una vez a la semana para charlar a fondo con él. Fue el inicio de una relación espectacular.

El discurso de Alejandro frente a los 1.200 asistentes que colmaron el encuentro organizado por el Instituto Schiller en los Estados Unidos fue interrumpido siete veces con ovaciones. Alejandro, en

pleno proceso militar, representando a la CEA, se animaba a plantear quién era José Alfredo Martínez de Hoz y cuál era el plan de destrucción de la Argentina. “Cuando terminó el encuentro, estudiamos la forma de armar una Comisión Investigadora de la Comisión Trilateral y del Fondo Monetario Internacional para América latina —dice Alejandro—, para poner al descubierto los manejos del establishment y poder golpear donde se debía. En ese momento, un ultraconservador feroz como Milton Fridman, el representante más conocido de la escuela de Chicago, el más férreo promotor del libre mercado que haya existido nunca en la historia, y Lyndon Hermyle LaRouche junior, fundador de Executive Intelligence Review, asumiendo un falso aire de izquierda, quisieron adueñarse del proyecto. LaRouche había realizado una fiesta para despedirnos en su fabulosa mansión. Yo iba con la propuesta de armar la Comisión Investigadora. Para eso, debía pedir la palabra y contar los lineamientos de nuestra idea. En la fiesta se había programado un gran concierto de piano, y cuando presentaron a la pianista, comprendí que era el momento. Levanté la mano, tomé la palabra, conté el proyecto y pedí concretarlo esa misma noche. LaRouche hizo un gesto de desagrado pero no tuvo más remedio que permitirnos escribir allí mismo las actas. Le habíamos ganado de mano. El proyecto fue aprobado por unanimidad y nos quedamos con la Comisión Investigadora, aquella idea recibida en un balcón de nuestra casa en Santiago del Estero”.

De regreso al país, los Iaccarino sabían que lo que se venía era mucho más duro. La CEA era una realidad, pero había que darla a conocer para que todo el país supiera que había un grupo de empresarios dispuestos a no permitir más despojos. “Trabajamos con mucho ahínco —cuenta Carlos—: mandamos a pegar 110 mil afiches en toda la ciudad de Buenos Aires o CABA, y juntando dinero de donde no había logramos publicar en el diario Clarín una importantísima solicitada donde denunciábamos el plan que había llevado a cabo la dictadura con el visto bueno de la Unión Industrial Argentina a pocos días del retorno de la democracia con la asunción como presidente del doctor Raúl Alfonsín”.

Bajo el título “Se debe mirar al porvenir sin olvidar el pasado”, y firmada por la Confederación Económica Argentina (su presidente era Alejandro Iaccarino, su secretario era el doctor Francisco Retondo), aquella solicitada, publicada en la página 18 de la edición del *Clarín* del viernes 23 de diciembre de 1983, es una pieza de honor y denuncia que todavía sigue sonando fuerte:



El nacer de un país como el nuestro tiene millones de facetas, muchas de las cuales no pasaremos a analizar puesto que la CONFEDERACIÓN ECONÓMICA ARGENTINA sólo analizará a su sector de defensa en lo que atañe a sus Asociaciones

y Federaciones, es decir específicamente a lo ECONÓMICO-SOCIAL.

Hemos conversado con las autoridades de GABINETE ECONÓMICO el jueves 1º del corriente, antes de asumir la enorme responsabilidad de hacer frente a 7 años y 9 meses de DESGOBIERNO, OPROBIO Y DESVERGUENZA, DE DICTADURA Y HAMBRE. SE HABLA DE GENOCIDIO, DE LA SUBVERSIÓN, PERO NO DEL GENOCIDIO ECONÓMICO QUE DIO PASO AL HAMBRE Y MATÓ A LA NIÑEZ EN SU DESNUTRICIÓN, NIÑOS QUE NACEN CON DEFICIENCIAS MENTALES POR LA SUBALIMENTACIÓN DE LA MADRE. ESE GENOCIDIO ATROZ SE LE DEBE A LA PATRIA FINANCIERA Y NOSOTROS PREGUNTAMOS QUIÉNES FUERON LA VOZ, LA PALABRA Y LA EJECUCIÓN DE LA PATRIA FINANCIERA. SI NO FUERON, CON POCAS Y HONROSAS EXCEPCIONES, LOS HOMBRES DE LA UNIÓN INDUSTRIAL ARGENTINA (UIA) Y SUS PERSONEROS.

Hemos hablado que llegó la hora de la verdad, por lo que no se podrá admitir que ningún Argentino que se precie como tal, que sienta a su Patria, que tenga sensibilidad humana, sentimiento cristiano, autorice a sentar en la mesa de decisiones a los voceros de la Antipatria y el Genocidio Nacional.

Por ello, hemos de cooperar con el GOBIERNO DEMOCRÁTICO en los años del período constitucional.

Todo el País conoce quién es o significa lo Nacional y quién lo Antinacional; sabemos de la buena fe de este Gobierno; pero advertimos a los distintos funcionarios, por si no conocen los antecedentes de los voceros del PROCESO DE DESTRUCCIÓN NACIONAL, que hoy se ungen en VÍCTIMAS, cuando fueron ellos los VICTIMARIOS, ¡BASTA DE HIPOCRESÍAS! SINCERIDAD Y BUENA FE ES LO QUE EL PAÍS NECESITA Y ESPERA.

No permitamos que los que representan los Capitales Extranacionales ya comiencen a exigir que determinados funcionarios vayan a dar explicaciones para que no se sientan molestos.

Nuestro deseo es el de apoyar la voluntad de las mayorías, y ése es el GOBIERNO CONSTITUCIONAL. Pero deseamos clarificar con quiénes se puede tratar o luchar para llevar adelante nuestra Patria y quiénes nos hundirán en la ruina y matarán ese sentir Nacional y Cristiano.

No existen entidades empresarias que defiendan las fuentes de trabajo y sólo la CONFEDERACIÓN ECONÓMICA ARGENTINA hasta ahora apunta a ese objetivo en la convicción de que primero está la Patria.

... ENTRE TODOS VAMOS A CONSTITUIR LA UNIÓN NACIONAL, CONSOLIDAR LA PAZ INTERIOR, AFIANZAR LA JUSTICIA, PROVEER A LA DEFENSA COMÚN, PROMOVER EL BIENESTAR GENERAL Y ASEGURAR LOS BENEFICIOS DE LA LIBERTAD PARA NOSOTROS, PARA NUESTRA POSTERIDAD Y PARA TODOS LOS HOMBRES DEL MUNDO QUE DESEEN HABITAR EL SUELO ARGENTINO.

La responsabilidad es de todos y cada uno de nosotros. Defender al Gobierno es nuestra obligación. Si no, en estos años nada hemos aprendido. Por eso debemos preservarlo de los entes liberales de la Antipatria.

La CONFEDERACIÓN ECONÓMICA ARGENTINA se constituyó en un hospital de las empresas argentinas, mientras los liberales lograron monopolizar la destrucción y crecen sobre nuestras ruinas.

No podemos reconstruir el país con el dolor y el hambre de los demás: no existe el PAÍS GRANDE CON EMPRESARIOS MUY RICOS Y CON TRABAJADORES MUY POBRES.

Hemos de analizar que sólo se emerge de un país devastado por la destrucción, el descreimiento y el oprobio en base a hombres en los que el ideal supera las tentaciones de la corrupción. Por ello, las instituciones juegan un rol preponderante en

la recuperación nacional y debemos afianzarlos. Por el contrario, los organismos de la antipatria estarán actuando para desestabilizarlas y empequeñecer la Nación.

TRATAMOS DE ADVERTIR QUE CUANDO SE TRANSITA CON JUDAS ES DIFÍCIL QUE SE LLEGUE A CRISTO.

SOLO UNIDOS EN LOS NACIONAL VENCEREMOS A LOS INTERESES INTERNACIONALES DE LA DEPENDENCIA (JOSÉ DE SAN MARTÍN).

QUE DIOS Y LA VIRGEN DE LUJÁN, PATRONA DE NUESTRA PATRIA, ILUMINE AL GOBIERNO DEMOCRÁTICO.



Capítulo 10 / Ellos

◆ Rodolfo ◆

Entre el 16 de noviembre y el 15 de diciembre de 1976, mientras Rodolfo y Carlos estaban detenidos, un grupo comando intentó secuestrar a Carlos para separarlo de Rodolfo. Al resistirse, Rodolfo fue golpeado de manera brutal, lo que le provocó una angina de pecho, diagnosticada por el médico de la Comisaría 22^a a la que fue derivado. El mismo médico le dio un medicamento para que se recuperara. Un medicamento que tuvo que tomar desde ese momento para siempre.

Tanto en la cárcel como en el COTI Martínez le daban esa pastilla para el corazón. Cuando recuperó la libertad, Rodolfo continuó con su afección. A tal punto que debió someterse a cinco by pass que le realizaron en el Hospital de Quilmes entre 1998 y 1999.

Rodolfo se restableció a medias, tenía vedadas ciertas actividades y, sobre todo, evitar cualquier tipo de nerviosismo. Durante 2009 estaba colaborando con monseñor Jorge Schoenfeld, tercero del

arzobispado, a cargo del asilo Marín —entre otras muchas funciones—, situado en La Plata, en la calle 60, entre 14 y 15. A fines de junio de ese año, salió del asilo y se dispuso a caminar, como siempre, las seis cuadras que lo separaban de su casa. Al cruzar la plaza de la calle 13, un hombre robusto se le acercó y le dijo que tenía que hablar con él. Rodolfo supuso que era un familiar de alguno de los viejitos del asilo y, campechano, le dijo que sí. Pero el hombre no quería referirse a eso. Le dijo que Alejandro había hecho una declaración al diario *Página 12* que los afectaba a “ellos”. “Ellos”, dijo el hombre mirándolo fijo a los ojos y Rodolfo supo que ese “ellos” volvía de un pasado bestial.

El hombre fue claro: “Si siguen hablando en los medios, van a desaparecer como Jorge Julio López, y el caso de ustedes, por ser tres, va a hacer mucho más ruido”.

Recién cuando el hombre se retiró cruzando la plaza, Rodolfo salió de ese momento de estupor y continuó el camino hasta su casa. Al llegar, llamó a sus hermanos y les contó la intimidación que le habían hecho. Realizaron la denuncia, pero no se supo nada de aquel hombre que lo había amenazado.

A partir de ese momento, Rodolfo quedó muy mal. Los nervios lo atenazaban segundo a segundo. No temía por él —pues era un hombre valiente—, sino por la vida de sus dos hijos y de su nietita recién nacida. Tanto, que no se animaba a pasearla por la calle por el temor a que le hicieran algo.

Poco más de treinta días después de aquel incidente, la tarde del 8 de septiembre de 2009, mientras acompañaba a monseñor Schoenfeld a la Casa Cuna, tuvo un infarto masivo. A pesar de la asistencia médica que se le prestó de inmediato, Rodolfo murió esa misma noche.

◆ Alejandro ◆

–El secuestro y la tortura de la que fueron víctimas es una prueba irrefutable de que el Plan Económico Expansivo General funcionaba. Hoy, más de cuarenta años después del inicio del horror, ¿cree que ese proyecto quedó trunco?

–No, para nada. Viajé a Suiza a hablar con el Consejo Mundial de Iglesias y a Roma para anunciar que, cuando esté todo listo, solicitaremos una entrevista con el Santo Padre para llevarle el nuevo proyecto del PEEG.

–¿Qué diferencias hay entre aquel PEEG de los '70 y este?

–Básicamente es el mismo, pero esta vez lo vamos a poner en manos de otras personas: las Comunidades Eclesiales de Base.

–Parecería que concluyeron que el Plan Económico no puede ponerse en manos de los gobiernos, sean del signo que fueren...

-Claro. El problema son los grandes intereses, provocadores de los peores problemas humanos. Allí está el ejemplo de Kojo Annan, el hijo del secretario general de las Naciones Unidas. En el programa Petróleo por Alimentos, cambió una enorme cantidad de dólares por alimentos que valían menos de la mitad y por lo tanto tenían menos de la mitad de proteínas y de nutrientes. Estamos estudiando y recopilando datos de gente experimentada en el tema para que no ocurran esas tropelías. Y también para estudiar y analizar lo que ocurre en América latina, un territorio tan amplio, con tanta diferencia de idiosincrasias, de características. Esta vez, el PEEG no puede fallar. Las estructuras eclesiásticas no van a cometer errores de funcionamiento por falta de investigación. Todo debe funcionar perfectamente. Y va a funcionar así.

-¿Por qué está tan seguro?

-Porque el gran cáncer que tiene la comercialización de los productos está en la intermediación y la corrupción. Se da el caso de llegar hasta ocho o diez intermediarios para que la mercadería llegue del productor al consumidor. Ocho o diez sanguijuelas que se quedan con porcentajes enormes, viviendo muy bien a costa del hambre ajena. Y hay también intermediarios obligados, por supuesto: las multinacionales obligan a la intermediación, ya que ese es el reaseguro del juego de desestabilización, llegado el caso. Las multinacionales lo suelen llamar "inflación", cosa que los gobiernos repiten. Pero es un elemento artificial.

El éxito está asegurado en función de evitar la intermediación. Es algo así como estar otorgándole un sobresueldo al consumidor.

–Las Comunidades Eclesiales de Base que usted menciona, ¿no ocuparían el rol de intermediario?

–No. Quienes están el frente de las Comunidades Eclesiales de Base son sacerdotes por la Opción por los Pobres. Son hombres y mujeres fantásticos que actúan y se juegan por la sociedad sin pensar en su provecho personal. Son los que defienden la vida, el poder comer, el vivir dignamente, el enseñar a los chicos. Allí no hay que convencer a nadie, hay que hablar directamente con el sacerdote que va a estar al frente de todo esto. Por supuesto, debemos preparar a conciencia la estrategia. En Bolivia, por ejemplo, sobre todo en la parte de los Andes, hay poca tierra, no es fácil el cultivo. Allí hay que buscar esas zonas productivas que tengan una cercanía de la producción al lugar de venta, ya que el flete es una de las cosas más delicadas que hay. Pero para eso contaremos con la sabiduría territorial de las Comunidades Eclesiales, ejemplo de conducción para mejorarle la vida a la gente.

–¿El PEEG no va a chocar con cierto verticalismo de la Iglesia Católica?

–Sí, puede ocurrir, pero la solución de eso es práctica: ir a hablar directamente con estos sacerdotes. A ellos no les importa lo que pretenda regir la cúpula de la Iglesia Católica. Ellos están con la voz de la gente y la voz de Cristo. No les tienen miedo a las sanciones. Y la gente les responde a ellos.

-¿Y donde no haya Comunidades Eclesiales de Base?

-Habrá que instituir las para que se hagan cargo. Pero pongamos las cosas en orden. Esto es un paliativo, una ayuda, no es la solución. La solución es mucho más profunda. Está en el manejo de las grandes riquezas para mejorar las condiciones de vida de la gente. Las multinacionales manejan todo. El Plan Económico Expansivo General no las molesta hasta que obtiene un crecimiento en determinados ámbitos de la ciudad, como fue el caso nuestro en 1975.

-Es decir que lo permiten hasta que se empiezan a discutir las órdenes con que las multinacionales implementan el proceso inflacionario...

-Correcto, ahí arranca el problema. La experiencia nuestra fue suficiente. Pero llevamos años de estudio y dedicación para estar acordes al momento de modificar lo que haya que modificar y negociar lo que haya que negociar. Las multinacionales se enfrentan a un problema muy serio: hace décadas, en el mundo entero, empezaron las fusiones de compañías internacionales en el mismo ramo, en el mismo rubro. La producción de unos y otros excedía lo que el mercado podía absorber, y llegaban a un tope que no se podía superar. Así comenzaron las fusiones, para tener un terreno de acción. Pero las compañías multinacionales deben tener un crecimiento sostenido, aunque sea muy suave, para no caer. Es un fenómeno que no se puede revertir. Se siguieron fusionando por una

necesidad de mercado, pero con el correr de los años, el mercado se fue restringiendo hasta que llega este momento en que no hay más mercado en algunas áreas, y se tienen que fagocitar entre ellos. Claro que, por ahora, ellos ven al PEEG como un elemento distractivo.

—¿Cómo es eso?

—Es un juego sumamente sutil. Nosotros planteamos que el sector al que nos dirigimos no les compra a las multinacionales porque son personas que están fuera del sistema. No molestan a los grupos hegemónicos, pero los distraen. Son personas que puede comer, que pueden mejorar un poquito su standard de vida, que ven proporcionada una cuota de felicidad. Y que en lugar de estar apilando los cadáveres, empiezan a vivir. Para que el empresariado permita el funcionamiento del Plan Económico se necesita un tiempo de arduas negociaciones como para que, por lo menos, no sean enemigos. Hay muchos que no van a aceptar, pero los poderosos lo harán, ya que la ven venir. Y a muy corto plazo. La gente está en una situación terriblemente caótica.

—Quiere decir que es el momento oportuno para poner en marcha el PEEG...

—Sí. La crisis es cada vez mayor y los sueldos son cada vez menores, de manera que cada vez se necesitaba un poco más. Eso, a primera vista.

—La condensación mayor aún de los grandes grupos económicos, ¿no podría jugar en contra del plan?

-No, para nada. A las Comunidades Eclesiales de Base no les importan los grandes grupos económicos ni las concentraciones de ellos. Les importa su sociedad. Y al sistema esa sociedad no le interesa. Es así hasta que se llega a un techo. Cuando ese techo se alcanza, entonces los gobiernos y los grupos económicos empiezan a mirar qué está pasando ahí. Pero en ese momento ya se habrá avanzado lo suficiente como para que sea imparable. No tenemos miedo en enfrentar lo que haya que enfrentar. No improvisamos, tenemos muchos años de trabajo en esto. El sistema va a funcionar. Funcionó una vez y volverá a funcionar. Nos costó muy caro hacerlo, pero es necesario volver a realizarlo.

-¿Cuáles son las claves del PEEG?

-Podemos mencionar, entre otros, los cinco fundamentos básicos: a) Eliminación de la intermediación. Para ello, sólo basta recordar la enorme cantidad de productores que estuvieron recientemente en Plaza de Mayo regalando parte de su producción por el bajo precio que reciben en relación al costo al consumidor. Un claro ejemplo son los tomates. Le pagan al productor 4,50 pesos por kilogramo y se vende al público entre 40 y 60 pesos. Lo mismo ocurre con las frutillas, con las verduras, con la yerba, con todo. b) Instalación del Mercado del Pueblo: un lugar adecuado donde no haya diferencia edilicia con los actuales centros de consumo, para que la gente más vulnerable no sea denigrada en puestos de venta sin la correspondiente limpieza, comodidades y para que las mercaderías

lleguen al consumidor de manera confiable, segura y sin engaños de peso o de calidad. c) El manejo de grandes cantidades en diferentes puntos hace que se regulen los precios de la competencia. Y hasta ahora no existe organismo que los haga cumplir. d) Defensa de la moneda: pues al poder comprar con el mismo dinero mayor cantidad de productos, es necesaria una menor emisión. e) Frenar la inflación, ya que bajando el costo de la canasta familiar por la baja de precios se reduce palmariamente el índice inflacionario.

—Pero hay un nuevo elemento que se suma al PEEG como fue ideado en los '70...

—Sí, el Banco de Desamparados. Ya que hay gente que no puede adquirir las cajas con los productos seleccionados, un porcentaje de la venta de dichos productos se entregan mediante un exhaustivo informe realizado a través de estudios científicos altamente ponderables de elevados valores alimenticios, aportando las carencias que sufren estas familias de vitaminas, proteínas y aminoácidos, entre otros. El fundamento de esta acción encierra de manera total a los niños, ancianos y las madres parturientas, que dejan una secuela trágica para los bebés que nacen sin nutrición apropiada, decretándose el padecimiento de severos trastornos neurológicos. El estudio realizado demuestra la trascendencia de la entrega de estos alimentos para aliviar la gravísima situación actual mediante cajas totalmente gratuitas en un porcentaje de las ventas que se realicen a través del sistema.

◆ Carlos ◆

—¿Qué sintieron al recuperar la libertad?

—En el último tiempo de la detención, después de 22 meses, ya teníamos claridad sobre cuál era el objetivo de lo que había ocurrido: que termináramos la pelea contra las multinacionales por no serles funcional a lo que nos impartían en las diferentes cámaras en las que actuábamos. Cuando nos liberaron, estábamos felices, pero comprendimos que teníamos una libertad parcial: estábamos presos de un sistema dictatorial, incluidos en una lista negra, perjudicándonos en todas las operaciones bancarias que pedíamos. Fue una lucha de David contra Goliat: encontrar una defensa contra un monstruo enorme y cebado. Consideramos que la única forma era poder juntar voluntades, y de esa manera armamos la Confederación Económica Argentina. Recién a partir del gobierno de Néstor Kirchner volvimos a tener la dignidad con la caída de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, con el comienzo de los juicios por la verdad. Allí empezó a conocerse información que hasta ese momento estaba totalmente vedada para las víctimas y para toda la sociedad. Allí pudimos recomponer un poco nuestra situación ya que salimos de las listas negras (estamos hablando de 2003, 20 años después seguíamos en las listas negras). No estábamos inhabilitados desde el punto de vista formal, pero desde lo real, todo lo que pre-

tendíamos hacer nosotros chocaba con los dictámenes bancarios.

—¿Por ejemplo?

—Nunca pudimos obtener un crédito bancario. Y hasta el día de hoy no podemos entrar a los Estados Unidos ya que en el Registro de Reincidencia de Antecedentes que exige ese país para otorgar la visa seguimos teniendo el mote de terroristas o subversivos económicos. Tenemos probado legalmente que nunca fuimos subversivos, está comprobado que el PEN nos armó dos causas para ponernos como indeseables que había que detener, pero el registro no se modifica.

—¿Cree en la justicia?

—Creo en la Justicia Divina. En la justicia de los hombres encontramos gente que fue muy permeable al dolor que padecimos y que tuvo un buen comportamiento. Cuando se presentan hechos de sangre, la justicia está predispuesta a actuar, pero cuando aparecen los problemas económicos, que afectan a los grandes poderes, ahí se cierra como un anillo. En la justicia de los hombres se cuidan más los cargos que la verdad.

—¿Por qué no termina de resolverse la causa de ustedes?

—Hay sentencia, el caso está cerrado prácticamente. La sentencia indica que hubo un daño de lesa humanidad contra la familia Iaccarino. Está probado, hay ocho condenados (dos en Buenos Aires y seis en Santiago del Estero). En Santiago aceptaron que habíamos sufrido secuestro coac-

tivo, tormentos, asociación ilícita, robo. Lo firmó el juez en Primera Instancia y lo ratificó la Cámara de Tucumán. En el Juzgado Oral Federal número 1 de La Plata, que integraban Carlos Rozanski, Mario Portela y Roberto Falcone, cuando se tocó el primer caso económico, que fue el nuestro, los sacaron a Portela y a Falcone y los pusieron a Pablo Vega y a Pablo Jantus, que eran de una tendencia totalmente diferente a la de Rozanski, ya que podíamos sentar una jurisprudencia que afectara a los intereses de los grandes grupos económicos. En ese juicio no nos aceptaron haber sufrido ni secuestro coactivo ni tormentos. Como no teníamos dinero, nos defendió el Ministerio Público Fiscal y la secretaría de Derechos Humanos ante Casación. En la sala cuarta de Casación, integrada por Juan Carlos Gemignani, Mariano Borinsky y Gustavo Hornos trataron el tema y nos dieron por mayoría tormento pero no secuestro coactivo. Allí pedimos hacer un recurso extraordinario ante la Corte. Y lo concedieron. De la Corte Suprema lo derivaron a la Procuraduría de Lesa Humanidad, que estuvo en un todo de acuerdo con lo que pedíamos. Está terminando de resolverse este recurso sobre secuestro coactivo. Fuimos querellantes en el juicio Circuito Camps, en el juicio Unidad 9, en el juicio contra Von Wernich. En todos se comprobó que hubo secuestros, torturas, etcétera. Pero cuando nos toca el caso nuestro, no hay secuestro coactivo ni tormento. Una locura que comprueba cómo funciona la justicia en estos casos, favoreciendo al

establishment. No tengo odio, nunca lo tuve, nunca quise revancha. Nos esmeramos para llevar una vida pulcra, sana. Generamos empleos y trabajamos siempre para que la patria funcionara mejor. No éramos hombres de negocios que buscábamos hacer plata para nosotros, éramos empresarios sociales que buscábamos el bien común.

—¿Qué le queda como reflexión de todo lo vivido?

—Me gustaría que quedara para los demás un cambio en la justicia y en el manejo de la política de un país. La política es lo que me enseñó el doctor Arturo Frondizi: un país se hace con gente de trabajo, con industrias que exporten y que hagan desarrollar a todo el país, no solamente al área de competencia. Puede crecer mucho la parte financiera, como ocurre. Pero el asalariado no va a la Bolsa, la sociedad no tiene cuentas of shore ni dibuja sus declaraciones juradas impositivas. Tenemos todas las condiciones para lograrlo, nos faltan los hombres para llevarlo a cabo. Necesitamos de toda una maquinaria que esté dispuesta a hacer un país mejor. Y para eso debe haber liderazgos muy fuertes con personas sanas.

Como experiencia de vida, no me creo un mártir, pero si lo nuestro sirvió para que en el futuro haya menos injusticia y haya por lo menos líneas de acción para que algo se mejore, sería un logro.

Epílogo

La esencia económica del pensamiento de los hermanos Iaccarino

Carlos Cleri

Los hermanos Iaccarino

Conocí a Alejandro Iaccarino en los ochenta cuando era un funcionario de carrera del Ministerio de Economía¹. Alejandro presidía la Confederación Económica Argentina (CEA), y se acercó a presentar su apoyo a la reglamentación de la ley de Promoción de Exportaciones.

Recuerdo que la reunión con Alejandro me impactó: respiraba serenidad, calidez, respeto, humildad y predisposición, caracteres que identifican a las personas de bien. Tiempo después conocí a Carlos, y al escuchar el relato de sus vidas pude valorar sus trayectorias, sufrimientos y valentía. Esta profundización no solo ratificó la primera impresión, sino que la potenció; vale la pena cruzarse con personas como Alejandro y Carlos.

Ambos hermanos forman un equipo; Alejandro piensa y toma a su cargo las relaciones públicas; Carlos es un ejecutor preciso, práctico, cuidadoso y obsesivo. Al conversar con ambos, uno siente la complementación, sinergia y potenciación, "codo a codo, son mucho más que dos".

Fui siguiendo el doloroso transitar de la familia por los pasillos lúgubres de tribunales, despachos oficiales y de abogados. Para los jueces y demonios, los tiem-

pos terrenales y la justicia no existen, y los hermanos seguirán su cruzada quijotesca para que los culpables paguen sus culpas².

En los encuentros charlamos sobre el orden económico, en cómo se perdió la índole del pensamiento original y ético de Adam Smith, y la forma en que el materialismo fue rompiendo uno a uno los valores esenciales de la humanidad³. Con ayuda de la publicidad y los medios de prensa asociados, es posible vender cualquier cosa y con precios injustos en el mercado de consumo. Y la lógica no admite que alguien se aleje de estos principios. Vale un ejemplo que uso en mis clases de MBA: si necesito un champú para lavarme el cabello tengo que pagar una costosa campaña publicitaria, gastos para diferenciar usos, actores y a veces deportistas, espacios en TV de mayor rating (normalmente deportes), costosos envases, etcétera, o sea que el costo de lo que me sirve es un pequeño porcentaje de lo que pago. También hablamos de las diferencias de precios que existen entre lo que percibe el productor y lo que paga el usuario. Cómo la tecnología ha dejado de estar al servicio del hombre para convertirse en una simple ventaja competitiva. Y tantas otras cosas que consideramos naturales en una lógica de mercado que ha creado tantos y tan fuertes tentáculos que los jugadores de un lado y otro del mostrador no pueden romper. Pero una vez, y hace tiempo, la familia Iaccarino pudo romper las reglas y ese fue su pecado en el mundo del "dios mercado".

Del intercambio, y como producto de la convergencia de pensamiento e identidad de misión, los bonda-

dosos “rebeldes” me encomendaron la tarea de tratar de “aggiornar” su modelo de negocios⁴ a las nuevas prácticas de un mercado que, con el tiempo, ha profundizado sus vicios. Estoy honrado de convertirme en escriba de un empeño maravilloso.

Aunque el tema sea complejo y profundo, ayuda a abordarlo el hecho de que, en el fondo, se trata de trabajar con naturalezas que hacen a la cotidianeidad. Pero me disculpo, porque no podré abstraerme de realizar generalizaciones, de recuperar categorías para una práctica empresarial virtuosa, pasar de lo micro a lo macro, y hasta animarme a introducir hipótesis relacionadas con las ciencias sociales.

Los postulados de la iluminación los he escuchado y leído, los he repetido en círculos empresarios, en aulas y escrito en libros y artículos. Lo que fue innovador y disruptivo es que se pudo hacer, que tuvo éxito, seguidores y beneficiarios. Probablemente, la diferencia fue el temperamento de los Iaccarino, su profunda convicción y la confluencia ordenada y sinérgica de muchos principios.

Temple de empresarios

Los Iaccarino son empresarios.

“Empresario” es una categoría controversial y devaluada. A nombre del quehacer empresario se hicieron muchos estragos; por lo que conviene introducir algunas diferencias semánticas.

Empresario es quien conduce una empresa, sin importar su carácter jurídico o el sistema de propiedad; puede ser una S.A., una S.R.L., una sociedad de hecho,

una cooperativa, una firma auto-gestionada, co-gestionada, coparticipada o un microemprendimiento; lo nuclear es que una empresa es sólo un grupo de personas organizadas con el fin de generar productos y servicios para satisfacer necesidades de la comunidad. Y, en este tenor, conducir una empresa es una tarea noble y valiosa para la sociedad.

La confusión se produce porque hay quienes se apropian de empresas para satisfacer intereses mezquinos, acumular riqueza y poder a costa de sus empleados, proveedores, clientes, la naturaleza y el hábitat; entonces, por qué incluir a todos en una misma categoría, por qué no llamarlos “hombres de negocios”, “capitalistas salvajes” o “usureros”, y separarlos de quienes, con sus actos, elevan la sociedad a categorías superiores, como señalara Joseph Schumpeter⁵.

El empresario merece tal apelativo si funda su accionar en tres vértices que define claramente la Administración por Valores: el económico, producir bienes y servicios para la comunidad, incluyendo el fin de lucro; el emocional, que trata de que todos los integrantes de la empresa disfruten creando productos o brindando servicios, y el ético, vivir en comunidad, respetar al prójimo. “El mundo de la empresa, necesario generador de riqueza legítima, puede y debe asumir también un papel activo, no convencional e histórico, en la humanización realista del mundo en que vivimos” (Salvador García, 1997)⁶. Eso hace de la mentada Responsabilidad Social Empresaria una redundancia. El respeto al prójimo (socios, empleados, clientes, proveedores y miembros de la comunidad) y al ambiente (su acción

no debe afectar la forma en que encontrarán el planeta los futuros habitantes) es inherente a la función empresarial. Es hipócrita enunciar la RSE mientras se cometen o toleran prácticas abusivas contra el personal (discriminación de género, raza o religión, abuso sexual, mobbing, etcétera), los clientes (uso de poder oligopólico, obsolescencia programada, etcétera), la comunidad y el hábitat. Así como los pecados no se limpian con una confesión, las culpas de los hombres de negocios no se borran con el cuidado de una plaza, la donación a un comedor infantil o tantas chifladuras que se les pueden ocurrir a los creativos del marketing (cómo puede Benetton, por ejemplo, hacer campañas de apertura racial/colores de piel mientras amedrentan a los pueblos originarios que vivieron por siglos en las tierras que hoy ocupan).

El Plan Económico Expansivo General

Hagamos un poco de historia. A los 18 años Alejandro tuvo una inspiración que lo llevó a pergeñar un Plan Económico Expansivo General (PEEG), encauzado a crear un Mercado del Pueblo. El Plan era, en realidad, un poderoso modelo de negocios que proponía la comercialización de alimentos esenciales provistos directamente por los productores, sin la interminable cadena de intermediación que era la práctica acostumbrada. A lo que se agregaba una cuidadosa y austera gestión administrativa y logística, ganancias mínimas de los locales comerciales y reinversión del excedente en la integración productiva hacia atrás, incorporando campos, animales

e industrias vinculadas, para disminuir la cadena al mínimo indispensable.

En los puestos se vendían alimentos básicos: carne, leche, hortalizas, verduras, legumbres, frutas, farináceos, yerba, comercializados sin marca y con calidad suprema. Los precios oscilaban entre el 30 y el 50 por ciento de los usuales en la ciudad capital de la Provincia de Buenos Aires.

Basados en la confianza depositada por los consumidores, surgida de comparar calidad y precio con los comercios tradicionales, y con el único auxilio publicitario del "boca a boca", los locales comenzaron a presentar largas colas de clientes. La iluminación había sido atinada.

Es importante destacar que el proyecto tuvo como soporte la figura del empresario y presidente del Banco Shaw, don Alejandro Shaw, quien reconoció en la inspiración una notable asimilación a las ideas que orientaron la obra de su hijo, Enrique, impulsor del humanismo en la actividad económica, quien dignificó la actividad empresarial demostrando que la principal razón de ésta no es el lucro sino la satisfacción de las necesidades de la comunidad.

También fueron soportes los sindicalistas Héctor Guana, del gremio de la carne (Swift, Berisso), y Rubén Diéguez, Secretario General de la CGT La Plata.

Los hermanos Iaccarino aplicaron sus postulados en diferentes rubros (construcción de viviendas, iluminación, etcétera) e iniciaron la experiencia en el sector alimenticio en el año 1971 en la ciudad de la Plata. El proyecto fue cortado debido al éxito empresarial al-

canzado, que benefició a los consumidores, pero perjudicó a los formadores de precios (oligopolios).

Los Iaccarino no tenían historial sedicioso, jamás pusieron bombas, ni armaron barricadas ni usaron armas; es más, hasta ese momento, no tenían posiciones políticas definidas, sólo tenían fe en Dios y respeto al prójimo. Entonces, ¿cuál fue su mal? Vender alimentos de alta calidad sensiblemente por debajo de los precios de mercado y que el pueblo los reconociera haciendo cola en sus puestos de abastecimiento. Al sistema le preocupan menos las ideas comunistas, anarquistas o rebeldes que la introducción de pequeños cambios que cuestionan el orden vigente⁷ y demuestran que hay mejores formas de producción y distribución de la riqueza que las que ha puesto en el altar de lo inmutable. He ahí, entonces, su esencia revolucionaria, transgresora y, por ende, peligrosa para el sistema; no fue otra la razón por la que en el año 1976 fueron secuestrados, torturados y obligados a firmar el despojo de todas sus posesiones por las fuerzas ilegales de una salvaje dictadura cívico-militar que llegó para restaurar un orden económico para pocos.

La eutopía⁸ tiempo después

Sobre fines de 2017, Alejandro y Carlos me presentaron sus muchas ideas y un objetivo: por qué no revitalizar el PEEG en momentos en que en la Argentina y en América latina la ola neoliberal ha subido al poder político a quienes siempre ostentaron el poder económico, cuando recrudece la inequidad y el hambre mientras se baten récords de producción alimenticia.

Tal vez esta sea la única forma de que muchas familias desamparadas logren alimentos con los niveles de proteínas, vitaminas y minerales necesarios para su desarrollo pleno. La propuesta era apelar a la siempre presente solidaridad de los argentinos para crear un Banco de Alimentos.

Retorno a mi función de escriba y comunicador, para pasar a contar el plan que elaboramos como revival de la experiencia de los '70.

La propuesta es abrir locales de aprovisionamiento popular

La red de puestos de provisión pondrá a disposición de la comunidad fraterna y solidaria, mercancías de primera necesidad, a nivel de calidad superior y a precios rebajados. Se iniciará con una experiencia piloto en un lugar controlado, con la intención de descubrir las complicaciones y registrarlas, para diagramar el protocolo de funcionamiento a seguir en el proceso de expansión. Probablemente la primera experiencia sería en CABA, dada su alta visibilidad nacional. La difusión intenta promover el acercamiento por parte de organizaciones y personas comprometidas con el bienestar del prójimo.

En los lugares de abastecimiento, la comunidad solidaria y fraternal abonará con tarjetas pre-cargadas, destinándose parte de sus compras a la conformación de un fondo que alimentará la carga de tarjetas por parte de las familias desamparadas registradas en parroquias relacionadas con los Curas en Opción por los Pobres.

En la primera etapa se operará en locales relacionados con parroquias e iglesias, para pasar en una segun-

da instancia a locales en sindicatos, clubes de barrio, centros vecinales, foros de jubilados, cooperadoras escolares y toda organización solidaria con voluntad de incorporarse a la red. En los locales se arbitrarán medidas de seguridad basadas en la solidaridad de los barrios para evitar robos, siendo una ventaja el no manejo de efectivo y lo austero del equipamiento.

Los productos ofrecidos tendrán una rebaja sustancial frente a los precios de mercado, dado que operarán a través de la eliminación de la intermediación y la especulación. Se calcula que el valor de los alimentos será por lo menos un 30 por ciento inferior al de plaza.

El precio se formará con la sumatoria del costo neto de los productos (precio directo del productor⁹) + gastos de administración, transporte y logística + 5 por ciento de la precarga de las tarjetas con destino al Banco de Alimentos para familias desamparadas + 5 por ciento para crear un fondo de inversión en equipamiento. El sistema opera sin rentabilidad, y los salarios serán sensiblemente inferiores a los que el sistema de mercado retribuye a sus niveles gerenciales y técnicos. A la vez, la red, en su expansión, llegará al nivel de economía de alcance que reducirá los gastos de logística, distribución y comercialización. En la escalada, en una segunda instancia, se operará sobre el sistema productivo para mejorar las condiciones de producción, en términos de productividad, volumen (escala) y calidad.

Un 5 por ciento de los ingresos percibidos por las pre-cargas, constituirán un Fondo que será utilizado para crear un Banco de Alimentos para Familias

Desamparadas. Estas familias, serán registradas, en un principio, en parroquias o centros de apoyo a los necesitados¹⁰.

Quincenalmente, un representante de cada familia desamparada, pasará por el local habilitado, cercano a su lugar de residencia, con su tarjeta y documento de identidad, para recibir un bolsón con alimentos que cubrirá las necesidades proteicas, vitamínicas y de minerales, necesarias para asegurar el desarrollo integral de sus miembros.

A través de la experiencia adquirida por los hermanos Iaccarino, se formará una Red inicial de Proveedores, que irá creciendo con nuevos suministradores, reclutados en el sistema de economía social y solidaria, empresas recuperadas, cooperativas de producción y productores de las economías regionales.

La provisión directa reducirá costos y, a la vez, mejorará el ingreso de los productores, cuyos derechos son avasallados actualmente por el poder económico de los oligopolios que controlan la cadena comercial.

A medida que se solidifique el sistema, se tratará de perfeccionar la organización de los productores a través de sistemas asociativos y cooperativos. De esa forma se organizará un régimen de producción y comercialización por afuera de las fallas de la economía de mercado. A pesar de que las experiencias de relaciones post-capitalistas no pudieron demostrar su mayor capacidad, los propulsores de la idea comulgan con que ello ha sido producto de defecciones humanas. Pero un modelo que en lugar de competir use la cooperación como instrumento optimi-

zador, que no extraiga plusvalías y que se base en la fraternidad y solidaridad con el prójimo, deberá ser, a la larga, un orden más efectivo que el actual modo de relaciones económicas que sustentan el capitalismo salvaje¹¹. La estructura de red, donde el poder no tendrá valor y el objetivo es el bienestar de todos, actuará en favor de la perdurabilidad del modelo y evitará que se desvirtúe.

Con respecto a los productos, es conveniente iniciar con alimentos secos, de primera necesidad (por ejemplo: harina, arroz, fideos, polenta, yerba, azúcar, legumbres y hortalizas, leche en polvo) y otros de fácil acceso y manejo (miel, dulce, quesos, farináceos, enlatados). En una segunda etapa, se incorporarán mercancías de mayor complejidad logística, incluyendo las de corta vida y aquellas que requieran uso de cadena de frío. Las mercaderías serán recibidas a granel y serán envasados en los lugares de depósito. Para ello se requerirá contar con tolvas automáticas. Más adelante, se agregarán otros artículos, que incluirán artículos escolares, vestimenta, medicamentos, etcétera.

Está en consideración la posibilidad de entregar la mercancía en cajas o bolsos. Las unidades serán de diferente tamaño, conteniendo el requerimiento mensual de consumo de una familia, de acuerdo al número de miembros.

Estos mismos bolsos les serán entregados a las familias desamparadas, considerando la inclusión de algún producto especial de alto valor nutritivo, para garantizar la cobertura de las necesidades alimenticias básicas para el desarrollo humano integral.

Otro aspecto sensible es el Sistema de Transporte y Logística. La experiencia de los hermanos Iaccarino será de mucha utilidad en este caso.

La propuesta de creación de un Fondo de Inversión está vinculada a la adquisición de bienes de capital para organizar la cadena de frío y para el reciclaje de los productos perecederos (frutas, verduras y hortalizas que perdieron sus atributos visuales, pero mantienen su valor organoléptico) a través de la deshidratación, para provisión en los mismos puestos de abastecimiento de alimentos en polvo o en corte juliana; siendo otra alternativa la liofilización que podría incluir productos cárnicos, lo que permitiría su conservación con alto nivel de calidad alimentaria.

Además, un porcentaje a definir, que puede establecerse entre el 1 y el 5 por ciento del monto operado mensualmente, será reinyectado en las tarjetas de los hermanos para que vuelva al circuito de compras, generando fidelización.

El núcleo de gestión adoptará la forma de Organización No Gubernamental sin fines de lucro, eligiendo lo que sea más conveniente (legal e impositivamente) para soslayar costos evitables y mantener el espíritu que le dio origen. La entidad –más allá de sus propulsores originales, los hermanos Iaccarino y otros actores convocados y unidos fraternalmente por el hilo de la caridad, la solidaridad y la esperanza– tendrá las puertas abiertas a instituciones y personas que profesen la misma fe en la humanidad, a quienes ponen como centro de las acciones al hombre como individuo, sujeto social y parte de la humanidad sin importar el origen

religioso o político. El proyecto requiere de soportes potentes y organizados, los Curas en Opción por los Pobres, las corrientes sindicales representativas de los intereses de los trabajadores, las ONG solidarias, los militantes populares, los profesionales progresistas.

Para poner el sistema en operación se requerirá de un fondo inicial, que tratará de constituirse con aportes solidarios. El importe requerido no es elevado y será el indispensable para operar los primeros puestos de entrega con el mínimo de personal operativo. Luego, el mismo sistema proveerá los fondos para aumentar la escala operativa. Una organización que no distrae recursos, sino que los reinvierte en el propio proyecto, crecerá a un ritmo superior al de los usuales modelos donde se reparten utilidades, derivan excedentes al sistema financiero o hacia la especulación rentista.

La organización que administre el sistema no será dueño sino regente. La administración será transparente, teniendo facilitada su acción porque no habrá manejo de efectivo, dado que todas las transacciones internas quedarán asentadas. El sistema de registro contable será llevado con rigurosidad. Toda la información contable estará disponible en todo momento y abierta a quien lo requiera. Es importante que la idea no sea desvirtuada. Se establecerán mecanismos de blindaje para evitar que sea desviada de sus intenciones por la codicia y egoísmo, que es parte del formateo mental derivado de años de involución cultural. Se intentará desterrar firmemente los vicios del sistema económico y político actual que sacó al hombre de a pie del escenario. La gran ventaja es que el

proyecto estará conformado como una red; y en las redes las primacías se diluyen.

El nodo inicial pondrá en ejecución algunas experiencias locales/regionales, y, a la vez, actuará como asesor de nuevos nodos, ya sean nacionales o internacionales. La orientación se hará, en la etapa inicial, en relación a la concepción del proyecto y puesta en marcha; después, las unidades tendrán vuelo propio, lo que no implica que los nodos serán compartimentos estancos: la colaboración en la red será un principio rector fundamental. El grupo original hará un seguimiento de la evolución de los nodos y será garante del desarrollo de proveedores que atiendan a más de un nodo. El principio de economía de alcance permitirá la mejor organización de la producción para que llegue al nivel de economía de escala deseable¹². Es sabido que gran parte de los fracasos de los sistemas de promoción de economía social se deben a: 1) Mala elección de las mercaderías a elaborar. Por lo general, lo que se producía quedaba a elección de la imaginación y experiencia de la población carenciada, con la debilidad de que los excluidos tienen limitado el conocimiento de las necesidades y requerimientos del mercado. Eso terminó reiterando la producción de dulces, productos panificados de baja calidad, jabones, etcétera, y 2) Por ausencia de canales de comercialización adecuados en términos de localización, logística y volumen operativo. La falta de contactos y carencias de vínculos con los canales genuinos, que además exigen volúmenes importantes, quedan limitados a la venta de cercanía, saturando los puntos de venta y confirmando el cínico

presagio: "pobres con pobres, no salen de pobres". Para ser reconocidos por los canales dominantes es necesario volumen; ello implica que para lograr incorporar al mercado actores de la economía social será necesario alcanzar una importante economía de alcance¹³.

La economía social y solidaria debe, de una vez por todas, trascender el espacio marginal y complementario al que el actual sistema lo condena. Debe aprender a conocer el funcionamiento del mercado capitalista porque es donde deberá actuar, reconocer los principios de productividad, eficiencia, buena gestión, mejora continua y hasta competencia¹⁴, experimentar modos de producción post-capitalistas e iniciar un proceso de acumulación de fuerzas en un marco donde no tenga lugar la explotación del hombre por el hombre, la alienación de los trabajadores y los fetiches.

La propuesta es que los nodos tengan independencia operativa y económica, pero para pertenecer a la Red Comunitaria deberán seguir los preceptos y valores de la misma, por lo que estarán sujetos a un sistema de contralor. Las diferentes unidades operativas podrán recurrir a los sistemas de ayuda, consejo y apoyo por parte del núcleo original. Asimismo, los perfeccionamientos y mejoras que se logren en un espacio serán inmediatamente transferidos al resto de la comunidad, en el marco del principio de mejora continua.

La red operará bajo la plataforma de una tarjeta de pagos solidaria. Los fondos líquidos ingresarán al circuito a través de la precarga de las tarjetas en los centros habilitados, y serán depositados en una cuenta bancaria. La administración ordenará los pagos. Se prevé salida

de fondos con destino al personal, a los proveedores de mercancías y servicios, y a la compra de equipamiento para el proceso de escalamiento del sistema. En su interior, no habrá movimiento de efectivo.

La tarea de fiscalización será función de todos a través de un organismo integrado por personas e instituciones reconocidas socialmente por su honorabilidad y buenas intenciones.

A través del aporte de la comunidad fraternal y solidaria que se irá acercando al proyecto, se lograrán incorporar especialistas (asesores expertos) que ayuden a resolver temas societarios, legales, impositivos, laborales, de comunicación.

También se espera contar con un círculo de "Ángeles": los aportantes no podrán hacer donaciones en efectivo, sino en especies, por ejemplo, bienes de capital para mejorar la cadena de producción, logística y comercial. Los donantes percibirán los beneficios del sistema de mecenazgo establecido por ley.

No se trata de una cuestión económica

El modelo presentado tiene fundamento económico. Pero, a diferencia del que prima en el orden actual, tiene raíz social.

La economía (la verdadera) es la disciplina que trata de organizar los factores productivos (tierra, trabajo, capital y conocimiento) para ponerlos al servicio del hombre en su sentido genérico, lo que significa que no se trata de favorecer a algunos, sino a todos los seres humanos. En el escenario de nuestras convicciones, el semejante ocupa el lugar que le corresponde, en el cen-

tro del sistema económico; las personas son productores y destinatarios del producido (consumidores), por lo que va de suyo que deben ser los beneficiarios del orden a establecer.

Para que funcione, es necesario que los principios de fraternidad y solidaridad estén efectivamente presentes en la cabeza de todos los participantes de la propuesta. Esto significa que la unidad de pensamiento es lo que debe modelar sus declaraciones y, muy especialmente, sus actos. La hipocresía es una cuestión inherente a los sistemas inequitativos, una actuación de las que se valen los poderosos para confundir a los que les sacan provecho.

En esta órbita no valen los convencimientos particulares; los sistemas virtuosos sólo pueden sostenerse con un altruismo extendido, la mancomunidad de ideas, los esfuerzos compartidos, los aportes generosos y, sobre todo, la humildad de reconocer que cada uno es tan solo una pieza de un rompecabezas que, para su armado, requiere de la combinación con otras partes que, aunque diferentes en las formas, son imprescindibles para la construcción final. Unidad en las creencias, planeamiento preciso, voluntad y sacrificio para ejecutar las acciones y equitativa distribución. Esto es lo que desatará las fuerzas sinérgicas que devorarán a los sistemas mezquinos.

Teniendo presente que los bienes y servicios producidos son sólo un medio para lograr prosperidad, para asegurar la instauración de un rumbo de bienestar general es preciso escalar en la consecución de modelos y formas de producción y distribución post-capitalis-

tas que sean capaces de superar los modos reinantes, trascender en el mercado y asegurar formas equitativas de distribución de la riqueza generada.

Como dije, hay que salir de los guetos marginales que el sistema reserva a la economía social (pobres que sólo se relacionan con pobres). Es necesario interrelacionar a los que no tienen con los que poseen, en un marco de beneficios compartidos. La experiencia de los hermanos Iaccarino en los '70, se potencia ahora acercándose más al sentido descrito en el punto anterior. Al romper con la intermediación acercando el productor al consumidor, al evitar gastos de publicidad o envases sofisticados que no modifican la prestación que cumple la mercancía, y al sumar un aceitado sistema de gestión administrativa, logística y comercial, los productos llegarán a los consumidores de ingresos medios a precios ventajosos (primeros beneficiarios del sistema: los consumidores), que además tendrán un beneficio adicional, porque el sistema propone devolver parte del consumo para realimentar el circuito. Los productores percibirán un ingreso superior al que perciben actualmente (segundos beneficiarios: los productores). Y sus compras permitirán, a los que nada tienen, acceder a los alimentos que aseguren un sustento equilibrado y suficiente (terceros beneficiarios: los desamparados). El modelo propuesto, al escalar, permitirá la organización de los productores y la incorporación de nuevos trabajadores (cuartos beneficiarios: los desocupados), además de inducir a la baja generalizada de los precios y a una mayor eficiencia y productividad (quinto beneficiario: el ecosistema).

Este es un salto en relación a los estándares reconocidos de organización de la economía social. Los promotores históricos se enorgullecieron con la máxima de que “no hay que regalar pescado sino enseñar a pescar”. Pero se equivocaron. Es más, incluso provocaron daños colaterales al crear falsas expectativas, sembrando fracasos y desaliento por la falta de sostenibilidad de los emprendimientos. El desocupado, al estar excluido del mercado, requiere no sólo aprender a pescar, sino la ayuda para reconocer “qué pescar” y “cómo vender el pescado”. Los microemprendimientos atomizados tienen grandes posibilidades de perecer, su sostenimiento depende de provocar vinculaciones sinérgicas y potenciadoras.

“Es preciso inventar un nuevo sistema económico, una economía humanista que ponga el desarrollo intelectual y moral del hombre por encima de la eficiencia, del beneficio e incluso del crecimiento, que tome al individuo como un fin en sí mismo, no aniquilándolo ni colocándolo como un eslabón de una cadena de fabricación en serie¹⁵”

El desarrollo lineal del sistema actual llevará a la catástrofe planetaria. Somos muchos los que pensamos que hay que combinar virtuosamente lo rescatable del capitalismo y del comunismo. No nos servirá la competencia salvaje, el crecimiento descontrolado, la agresividad o la inequidad del desorden capitalista; tampoco el autoritarismo y la supresión de la iniciativa individual de las experiencias comunistas. El nuevo orden surgirá de una concepción humanista de la economía, basada en la sostenibilidad económica, social y ambiental.

Muchas veces termino mis charlas y conferencias con una frase aportada a la humanidad por Antonio Gramsci, un sufrido militante social sardo que pasó gran parte de su vida en las cárceles de Italia: "El pesimismo es un asunto de la inteligencia; el optimismo, de la voluntad".

Lo que proponen los hermanos Iaccarino y quienes los acompañamos es un comienzo necesario, un grano de arena en el desierto, una gota en el océano. El porvenir es una construcción, y a nosotros nos encontrará luchando por ella, abrazados, con mucha fe, energía y mística.

Notas

1 En el año 1974 fui becario por concurso para realizar un Postgrado en comercio internacional, organizado por la Federación de Graduados en Ciencias Económicas por cuenta y orden del Ministerio de Economía, para formar agentes del Servicio Económico y Comercial de la Nación. En mayo de 1975, un grupo de egresados ingresamos al Ministerio. El inspirador del programa fue Leopoldo Tettamanti, por entonces Secretario de Comercio Exterior del Ministerio (PJ) y el Director del Programa fue Bernardo Grinspun (UCR), quienes antes de las elecciones de 1983 decidieron unir fuerzas para elaborar una ley de Promoción de Exportaciones (ley 23101/84), habiendo sido encargado de su reglamentación luego de las elecciones. Esto se hizo a través de un Consejo Asesor de Comercio Exterior, integrado por las siguientes gremiales empresarias: AIERA (CGE), Cámara de Exportadores, de Importadores, Argentina de Comercio, Unión Industrial Argentina, Foro de Comercio Exterior (Asociación) y seis Cámaras vinculadas a la Federación de Cámaras de Comercio Exterior del Interior (Córdoba, Santa Fe, Salta, Tucumán,

Río Negro y Mendoza). Esa fue una de las pocas experiencias de política de estado de la historia argentina.

2 Esto de encontrar a los verdaderos culpables no es una cuestión simple, están pagando culpas algunos torturadores, incluyendo específicamente el caso de los hermanos Iaccarino, pero no se ha hecho nada para alcanzar a los instigadores civiles que se esconden en su poder económico, apañados por la corporación política y judicial. En el caso que nos ocupa, la UIF fue querellante y su acción era decisiva para seguir los vericuetos de los bienes usurpados, lo que no solo era posible, sino que se tenían pistas firmes. Al cambiarse las autoridades la UIF bajó su reclamo, por lo que, en la práctica, liberó a los empresarios vilmente enriquecidos y pasó la responsabilidad a espaldas de los contribuyentes. Me costa que los hermanos esperen volcar a la comunidad lo que perciban como compensación por los daños causados por el defectuoso Estado que los mancilló.

3 En los inicios, los postulados del maestro estaban empapados de ética protestante y orientados al bienestar general, pero luego, la ambición y el egoísmo fueron rompiendo con todos los buenos valores. Smith observó la tendencia y la criticó en vida. Pero fue en vano, la codicia originó un proceso de concentración de la oferta que se extendió hasta nuestros días. Hoy, ya no pujan por mercancías múltiples oferentes y demandantes, sino que, cada vez más, los proveedores se concentran (oligopolios) mientras los compradores siguen dispersos. La balanza del mercado está inclinada y, con auxilio del marketing y la comunicación, pueden hacer lo que quieren con los precios y con los deseos de los parroquianos.

4 Aclaro que no me gusta el término, pero habiéndose constituido en una categoría reconocida por la administración de empresas, ayuda al entendimiento.

5 Joseph Alois Schumpeter, *Historia del Análisis Económico*, Ed. Ariel.

6 Salvador García y Simón Dolan, *La Dirección por Valores*, McGraw Hill. La Dirección por Valores es una corriente de la Administración de Empresas que tuviera fuerte impulso en la India, España y los países del Norte de Europa.

7 Como se habrá percatado el lector he obviado el uso del término "natural", porque no creo que el orden vigente sea natural.

8 La eutopía es un espacio de libertad entre la realidad y la utopía (d.gr. eu = bueno, feliz, conveniente, y topos = lugar, es-

pacio). Entre lo posible y el sueño se encuentra el proyecto de los hermanos Iaccarino.

9 Según el Índice "IPOD" (Informe de Precios en Origen y Destino) de CAME, en agosto, el precio que paga el consumidor es 4,3 veces superior al que percibe el productor agrícola-ganadero, esto es que por cada 100 pesos que paga el comprador sólo 23 van al bolsillo del quien produce el alimento.

10 El movimiento de Curas en Opción por los Pobres, es una organización ideal para ser parte de la conducción del proyecto.

11 Los sistemas económicos caen cuando los nuevos modos de producción se muestran más eficientes. Es así como las relaciones de producción capitalistas se insertaron en el sistema feudal superándolo. La expansión de las fuerzas productivas comenzó a chocar contra la estática organización político-social hasta romperla (la revolución industrial fue el antecedente de la revolución francesa), Hasta ahora las relaciones de producción de los sistemas demo-socialistas y del comunismo se mostraron menos efectivas que las de corte capitalista que tuvo el dinamismo para reconvertirse una y otra vez. El sistema de explotación e inequidad caerá sólo cuando las relaciones post-capitalistas se asienten y, logren superar al modo de producción capitalista, en las factorías, en el campo y en los lugares donde se construye el conocimiento y la información.

12 Gran parte de la fallida evolución de los sistemas de fomento a los actores de la economía social fallaron por ausencia de canales comerciales adecuados, en términos de localización, logística y volumen operativo. La red servirá para descargar elaboraciones de productores sociales, eliminando la restricción de volumen y logística.

13 Algunas producciones exigen economías de escala, pero otras no; sin embargo, es muy difícil generar proyectos sostenibles sin alcanzar los niveles de eficiencia que permitan amortizar los costos de comercialización, por eso doy tanta importancia a la economía de alcance.

14 Competencia es una palabra que no me gusta, mi consigna es la cooperación; no obstante, tengo que referirme a competitividad sistémica y no puedo eludir el hecho de que propuestas como la presente surgen para competir con las formas mayoritarias de producción y distribución de la riqueza.

15 Luis Racionero, *Del paro al ocio*, Editorial Anagrama.

Índice

Prólogo	9
<i>Una historia de terror que no mató la dignidad de las víctimas</i>	
Stella Calloni	
<i>Los hermanos sean unidos, porque esa es la ley primera...</i>	15
Adolfo Pérez Esquivel	
Introducción	21
Capítulo 1 / Retrato de familia	29
Capítulo 2 / Hay un plan	39
Capítulo 3 / El jueves a las cuatro	45
Capítulo 4 / En marcha	51
Capítulo 5 / La vía láctea	63
Capítulo 6 / La detención	75
Capítulo 7 / Entre rejas	83
Capítulo 8 / Los laberintos del horror	101
Capítulo 9 / Volver	113
Capítulo 10 / Ellos	127
Epílogo	141
<i>La esencia económica del pensamiento de los hermanos Iaccarino</i>	
Carlos Cleri	

